



Facultad de Medicina
Clínica Alemana - Universidad del Desarrollo
Centro de Humanidades Médicas



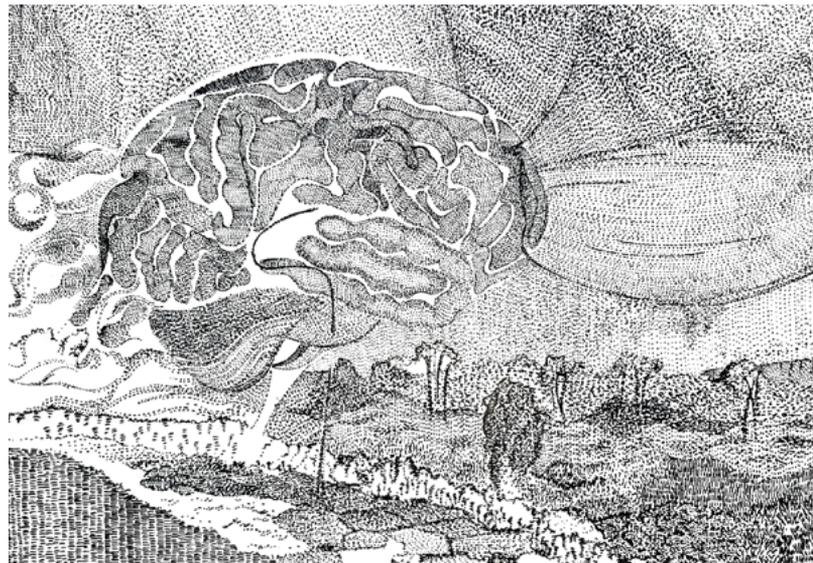
My auntie me said "No todos los dedos de la mano son iguales, pero cada uno tiene su función, son un equipo" para no sentirme tan mal sobre tener un cuerpo diferente.

XIV

Concurso Artístico y Literario

TEMA: **EL CUERPO Y SUS VÍNCULOS**

2024 | Centro de Humanidades Médicas + Faro UDD



Celebramos 14 años de creatividad y talento

El Concurso Artístico y Literario UDD se ha convertido en una importante instancia anual para la creación y el encuentro con la cultura y las artes. En este tiempo se han recibido más de 500 obras y reconocido a más de un centenar. Poemas, cuentos, fotografías, dibujos, esculturas, instalaciones, y últimamente comic, nanometraje y música que reflejan la creatividad de una comunidad que siente, reflexiona y crea de manera amplia y en diversidad.

¿Por qué El Cuerpo y sus Vínculos?

La Facultad de Medicina Clínica Alemana Universidad del Desarrollo tiene, desde un inicio, una vocación muy especial por unir instituciones - la UDD, Clínica Alemana, y el Hospital Padre Hurtado-y, en base a sus propósitos, busca impactar áreas que son de su interés como la formación, la investigación y también el encuentro con la sociedad.

Desde sus comienzos se hizo necesario contar, al interior de nuestra Facultad, con un Centro de Humanidades Médicas. Fue su primer decano, el Dr. Pablo Vial, quien tuvo la visión de incorporar las humanidades en la formación de los futuros profesionales de la salud, para desarrollar un enfoque más integral, que pusiera al paciente al centro de su mirada, como complemento de los aspectos biológicos de la enfermedad.

El Centro de Humanidades Médicas nace el año 2010 para favorecer el diálogo interdisciplinario entre las humanidades y las ciencias de la salud. En su misión y visión están las preguntas permanentes sobre ¿cómo utilizar las humanidades y las artes para la formación de los futuros profesionales de la salud? ¿cómo activar espacios de reflexión sobre las vivencias experimentadas en torno a la salud, la enfermedad y los cuidados?

El Concurso Artístico y Literario surge al alero de este Centro el año 2011, entonces dirigido por Carla Benaglio, actual vicedecana de Desarrollo de la Facultad de Medicina, como una instancia anual para la creación y el encuentro con las artes.

Hasta el día de hoy nuestra Facultad se nutre de la inquietud demostrada por estudiantes que tienen una profunda vocación humanista, que les gusta el cine, tocan instrumentos musicales, dibujan y/o escriben.

Existe una vasta evidencia que sustenta la relevancia de incorporar estrategias pedagógicas derivadas del arte para el desarrollo de competencias elementales como son la perspectiva, la autoconciencia, el pensamiento crítico, el razonamiento ético y la creatividad. Y, por otra parte, en esta era post pandemia se hace evidente la urgencia de reforzar y promover entornos saludables donde la reflexión sobre la vivencia personal del cuerpo parece vital.

Por todo lo anterior, durante el año en curso surgieron en el Centro de Humanidades Médicas las preguntas ¿puede el arte ayudarnos a habitar el cuerpo de una manera más segura y confiada? ¿de qué manera el cuerpo moldea nuestra identidad? ¿cómo influye la vivencia del cuerpo en nuestras interacciones diarias y en la construcción de nuestra autoimagen?

Más que un simple contenedor físico de salud y enfermedad, quisimos invitar a la comunidad universitaria a mirar el cuerpo como si éste fuera un lienzo en donde quedan impresas las experiencias de vida.

Los trabajos que este año llegaron al XIV Concurso Artístico y Literario nos hablan de la complejidad de los diversos contextos: batallas

por conseguir cuerpos perfectos, cambios y transformaciones de acuerdo al ciclo vital, muerte, enfermedad, vínculos de amistad entre mujeres, relación madre-hijo, conexiones vitales en espacios públicos, la fuerza de la naturaleza, el inconsciente, el valor de la pausa para conectar con los sentidos y muchas otras temáticas relacionadas.

La participación y el entusiasmo demostrado por los participantes, así como los resultados obtenidos, nos siguen demostrando que el arte es un potente medio para contestar a las preguntas complejas del ser humano, abriendo un espacio de conexión seguro, creativo y libre de prejuicios.

Esperamos seguir construyendo universidad a través de las artes y las humanidades y que este certamen anual siga permeando a las distintas facultades de la institución y transformando vidas al interior de nuestra universidad.

Tal como decía nuestra Premio Nobel de Literatura, Gabriela Mistral, “La Humanidad todavía necesita ser humanizada” y todo aquello que podamos hacer para fortalecerla será positivo.

Macarena Barros Jiménez

Directora

Centro de Humanidades Médicas
Facultad de Medicina Clínica Alemana
Universidad del Desarrollo



La morada del hombre

A lo largo de la historia, y quizás como pocos otros símbolos de la humanidad, has sido objeto de fascinación, estudio, culto y representación por las artes, las humanidades y las ciencias. Desde que habitamos este mundo, diversas tradiciones han intentado desentrañar los misterios que encierras a través de la exploración de tus dimensiones físicas, metafísicas, sociales y existenciales. A tal punto, que sin ti difícilmente podría explicarse el desarrollo de dichos saberes y el devenir mismo del hombre.

Desde las venus paleolíticas hasta los pinceles vivos de Yves Klein, has sido sujeto, objeto, fin y medio para el arte. En ti las primeras tribus se embadurnaron con colores para conmemorar ritos, celebrar sacrificios y comunicarse con lo sagrado. Fuiste canon de belleza y armonía para los griegos; signo de proporción y medida para los renacentistas y elemento deconstruido por la modernidad. Eres lienzo y reflejo en constante reinterpretación.

Eres tú, perfección anatómica y profundidad emocional en el "David" de Donatello. Eres tú, el roce con la divinidad que asoma en la bóveda celestial de Miguel Ángel. Eres dolor y resiliencia en la pintura de Frida Kahlo, y eres obra, mensaje y performance para el arte conceptual contemporáneo.

Por ti el humano ha creado torrentosos cauces de tinta. Has sido y sigues siendo poema y reflexión filosófica, y a ti se dirigen los ojos y las palabras de numerosas disciplinas y debates: desde la ética hasta la epistemología, pasando por la política y la metafísica. Eres confluencia de materia y conciencia; el hogar donde reside ese embutido de ángel y demonio, como bien nos definiera Parra.

Para Platón, representas cárcel y anclaje a las sombras para el alma que añora desencadenarse y abrirse a la contemplación de las ideas que habitan fuera de la caverna. En su diálogo Timeo, el maestro griego presenta una cosmología en donde eres símbolo y representación de la polis, revelando con ello hasta qué punto desde la Antigüedad se te concebía como un sistema complejo e interconectado: un microcosmos que refleja el orden del universo, en donde cada una de tus partes ejerce un propósito específico y trabaja en armonía con las demás para mantener el equilibrio del todo.

Por su parte, para la tradición judeocristiana eres templo y guarida sagrada donde se cobija el espíritu mismo del Creador. Luego Descartes, al fundar la certeza de todo conocimiento en su "pienso, luego existo", forjó el dualismo que te separó de la mente y de la conciencia del yo, relegándote con ello a un segundo plano.

No fue sino hasta el advenimiento de la fenomenología del siglo XX que este paradigma mutó. Con ellos, dejaste de ser mero objeto en el mundo y te reivindicaste como transporte de la existencia: contigo es que se encarnan los que quizás sean los verbos que abrazan con mayor intensidad la condición humana: el ser y el estar, pues nuestra conciencia está inextricablemente unida a ti. Eres "anclaje en el mundo", como te definió el filósofo francés Merleau-Ponty.

Para Heidegger, no somos un yo separado del mundo y de las cosas que hemos creado. Más bien somos "seres-en-el-mundo con otros". Nuestra existencia es un 'estar-aquí', arrojados en un cosmos lleno de

significados y relaciones. Por eso, no eres simplemente objeto físico, sino el modo en que nos proyectamos e involucramos con todo aquello que nos rodea. A través de ti percibimos este mundo en el que habitamos e interactuamos con los demás seres. Eres vehículo de nuestras emociones y recipiente de nuestra alma y de nuestra mente: el componente integral de nuestra identidad y de nuestra autopercepción.

Al estar situados y comprometidos con la existencia, no somos meros espectadores del universo y mentes aisladas que lo observan desde una interioridad ajena a él, sino más bien somos participantes activos que lo conforman y son conformados por él. Y tú -ni más ni menos- eres el medio de dicho compromiso, a través del cual moramos en la Tierra y nos vinculamos con los demás que la integran.

Hoy día te has transformado en arena de discusión política e ideológica. Los avances en biotecnología, genética y medicina productiva plantean nuevas preguntas sobre el límite del control social, ético y político en torno a ti. El transhumanismo ha asomado como una corriente que te entrelaza con la tecnología, difuminando las fronteras que hasta hace no mucho nos brindaban certezas al momento de entender lo que es humano y lo que es artificial. Las implicancias éticas de modificarte a través del desarrollo de la técnica alcanzan el género, la autonomía individual y, en último término, nuestra propia identidad.

De esta forma, pensarte y alabarte es remitirse a la profundidad de la condición humana. Discurrir en torno a ti es reflexionar sobre el misterio insondable que significa ser humano, ya que "eres pluralidad con

un solo sentido; una guerra y una paz, un rebaño y un pastor", como te cantó Nietzsche en su Zarathustra. Los poetas han encontrado en ti a las musas, permitiéndoles explorar las dimensiones más sutiles y emotivas de nuestra existencia. Desde el canto exuberante que te susurran los versos de Whitman, hasta las reflexiones íntimas y existenciales de Dickinson, pasando por las sensuales odas de Neruda. La poesía nos recuerda que eres mucho más que materia: eres fuente y manantial de belleza, placer, dolor y trascendencia.

En su célebre película "La piel que habito", Pedro Almodóvar nos interpela hasta qué punto resulta imposible comprendernos sin ti. Al definirte como "el instrumento a través del cual nuestras emociones se hacen visibles", el director español nos recuerda la importancia sustantiva que reviste disfrutarte y aprovecharte de todas las formas que podamos, pues no eres sino la mejor herramienta que jamás tendremos.

A quienes participaron de este concurso, los estimulo a que mantengan prendida y visible esa sensibilidad. Que sigan siendo todo aquello que sus obras expresaron: tacto, voz, sonido, aliento, vida y celebración de aquello que somos: un archipiélago de cuerpos vinculados entre sí.

Pedro Villarino Fresno
Investigador de Faro UDD
Núcleo Humanidades
y Ciencias Sociales



Agradecimientos

Agradecemos especialmente a los jurados por su competencia, generosidad en su tiempo y compromiso con las humanidades.

COMISIÓN LITERATURA:



Susana Dörr, jefa de Educación Continua y Convenios Internacionales Clínica Alemana Santiago



Miguel Ángel Fernández, investigador de Faro UDD



Guido Larson, director Instituto Humanidades UDD



Paola Massaro, directora de Biblioteca UDD



Ana María Maza, profesora de Castellano, magíster en Literatura, dirige La Cofradía de los Lectores UDD.

COMISIÓN ARTES VIVAS



Magdalena Correa, fotógrafa y documentalista chilena



Juan Carlos García-Atance, experto en medicina narrativa gráfica



Pablo Jansana, artista visual chileno



Óscar Mackenney, vicedecano de la Facultad de Arquitectura y Arte UDD



Andrés Weissbluth, director de la carrera de Cine UDD

El Centro de Humanidades Médicas junto a Faro UDD agradecen a todos los participantes de esta versión:

Alfonso Correa
Arlette Carvajal LI.
Astrid Valenzuela
Benjamín Levit
Camila Niedmann W.
Catalina Radic
Cecilia Sotomayor
Claudio Sumonte
Clemente Manterola
Constantino Gambino
Daniela Henríquez F.

Daniela Paz Santapau V.
Danilo Cabrera B.
Eduardo Ríos
Emilio González Silva
Esperanza Sánchez
Flores Consuelo Donoso S.
Flores Purcell
Isidora Barahona
Josefina Basaure Hevia
Juan Pablo Cortés
Karen Ulriksen O.
Karla Leon M.
Kevin Liu Chen
Liliana Acevedo M.
Macarena Urzúa D.
Marcela Lorca

María Cristina Silva
María del Mar Carvajal V.
María José Porras A
Mariana Jadue Z
Mimy Mayol
Natalia Cox F.
Natalia Díaz
Natalia Gallardo
Paula Sofía Pierotic P.
Roberto Canales
Roberto Donaire M.
Samantha Williamson
Sofía Salas I
Sonia Roa A.
Trinidad Brizzi

Reconocimientos por Categoría

I. DIBUJO

1er lugar

"Dedos de la mano"

Autor(a): **Paula Sofía Pierotic**
Estudiante 3er año
Tecnología Médica
Facultad de Medicina

2do lugar

"Cut, copy, paste"

Autor(a): **Camila Niedmann**
Estudiante 2do año
Medicina
Facultad de Medicina

3er lugar + Premio Faro UDD

"Camino al paraíso"

Autor(a): **Karen Ulriksen**
Docente
Directora Arquitectura
Facultad de Arte y Arquitectura

Mención Honrosa

"El amor no olvida"

Autor(a): **Natalia Gallardo**
Profesor asistente adjunto
Docente geriatría
Facultad de Medicina

II. INSTALACIÓN

1er lugar + Premio Faro UDD

"3 años de Medicina"

Autor(a): **Juan Pablo Cortés**
Estudiante 3er año
Medicina
Facultad de Medicina

2do lugar

"Redes Autopoiéticas"

Autor(a): **Macarena Urzúa**
Arquitecta Docente
Taller de Espacios I y II
Facultad Diseño

III. MÚSICA

1er lugar

"Cannon in D" de Pachelbel

Autor(a): **Kevin Liu Chen**
Estudiante 7mo año
Medicina
Facultad Medicina

IV. NANOMETRAJE

1er lugar

"Danza de luna"

Autor(a): **Clemente Manterola**
Estudiante Postgrado Cine
Facultad de Comunicaciones

V. FOTOGRAFÍA

1er lugar

"Sh, Sh, Sh"

Autor(a): **Mariana Jadue**
Docente
Directora carrera de Medicina
Facultad de Medicina

2do lugar + Premio Faro UDD

"Somos lo mismo en el mismo lugar"

Autor(a): **Danilo Cabrera**
Estudiante de postgrado
Arquitectura
Concepción

3er lugar

"Examen físico y anamnesis"

Autor(a): **Juan Pablo Cortés**
Estudiante 3er año
Medicina
Facultad de Medicina

VI. CÓMIC

1er lugar

"Cebra"

Autor(a): **Camila Niedmann**
Estudiante 2do año
Medicina
Facultad de Medicina

2do lugar

"El camino"

Autor(a): **Claudio Sumonte**
Docente
Coordinador preclínico
Odontología
Ciencias de la Salud
Concepción

VII. POESÍA

1er lugar

"Tormenta"

Autor(a): **Astrid Valenzuela**
Docente carrera de Medicina
Facultad de Medicina

2do lugar

"El cuerpo que ama"

Autor(a): **Karla León**
Colaboradora
Asistente de Biblioteca UDD

3er lugar

"Naturaleza"

Autor(a): **Marcela Lorca**
Docente
Carrera de Periodismo
Facultad de Comunicaciones

Mención Honrosa

"Trema"

Autor(a): **Eduardo Ríos**
Estudiante 7mo año
Carrera de Medicina
Facultad de Medicina

VIII. CUENTO

1er lugar + Premio Faro UDD

"La mujer del zapato de suela roja"

Autor(a): **Sofía Salas**
Docente investigadora Centro de Bioética
Facultad de Medicina

2do lugar

"Sacha, yo y ustedes tres"

Autor(a): **María Cristina Silva**
Directora Aseguramiento de la Calidad
Facultad Comunicaciones

3er lugar

"Historia de un encuentro"

Autor(a): **Astrid Valenzuela**
Docente carrera de Medicina
Facultad de Medicina

Mención Honrosa

"Sangre y lágrimas de un tiempo pretérito"

Autor(a): **Roberto Canales**
Estudiante
3er año Psicología
Facultad de Psicología

Dibujo

PRIMER LUGAR

“Dedos de la mano”

Habla sobre la aceptación de la diversidad de cuerpos que existen y que cada uno tiene un propósito que cumplir en la vida.

PAULA SOFÍA PIEROTIC

Estudiante 3er año
Tecnología Médica
Facultad de Medicina



Mi abuela me decía "No todos los dedos de la mano son iguales, pero cada uno tiene su función, son un equipo." Para no sentirme tan mal sobre tener un cuerpo diferente.

.....

SEGUNDO LUGAR

“Cut, copy, paste”

La obra “Cut, copy, paste” hace referencia a todas esas veces en que vemos otros cuerpos y deseamos parecernos más a ellos, cambiar partes de nosotros, hacer recortes, copiar y pegar lo que estamos viendo en un cuerpo ajeno.

La forma que utilicé para representar esto fue irónicamente con un collage, por medio de una mujer caminando con sus piernas de tijera sobre un árbol que representa su genealogía. Se trata de hojas y flores formadas por huellas digitales que son mezclas de generaciones y generaciones que se enamoraron y unieron para crear combinaciones únicas.

CAMILA NIEDMANN
Estudiante 2do año
Medicina
Facultad de Medicina



.....

TERCER LUGAR Y PREMIO FARO

“Camino al paraíso”

Mi obra expresa vivencias y conexiones desde lo más profundo del ser, a partir del consciente y el subconsciente, desde donde todo inicia y hacia donde vamos.

KAREN ULRIKSEN

Docente
Directora de la carrera de Arquitectura
Facultad de Arte y Arquitectura



.....

MENCIÓN HONROSA

“El amor no olvida”

Es una pintura figurativa de un retrato de una pareja mayor, donde él tiene enfermedad de Alzheimer. El retrato muestra que si bien puedes olvidar a la persona, el recuerdo queda en la memoria y en la piel.

NATALIA GALLARDO

Profesor asistente adjunto - Docente geriatría
Facultad de Medicina



Instalación

PRIMER LUGAR Y
PREMIO FARO

“3 años de Medicina”

Con esta obra trato de representar lo que sería mi escritorio mientras estudio los cuerpos de otros y como yo tengo que relacionarme con ellos desde mi rol como profesional y como persona. Expongo una colección de memorias y conocimientos, a través de distintas técnicas: El dibujo en papel que aprendí cuando tenía alrededor de 10 años, los cordones andinos que me enseñó mi abuela y la pintura de modelos 3D, que ocupé para desestresarme entre certámenes.

JUAN PABLO CORTÉS

Estudiante 3er año
Medicina
Facultad de Medicina



.....

SEGUNDO LUGAR

“Redes Autopoiéticas”

“...un sistema autopoiético es el que se levanta por sus propios cordones y se constituye como distinto del medio circundante a través de su propia dinámica, de tal manera que ambas cosas son inseparables”.
(Humberto Maturana y Francisco Varela)

La instalación “Redes Autopoiéticas” fue realizada para la intervención teatral “A los pies del árbol”, que articula fragmentos extraídos del libro “El árbol del conocimiento” de Humberto Maturana (Premio Nacional de Ciencias 1994), y del científico Francisco Varela.

Una coproducción dirigida por Manuela Oyarzún e interpretada por Patricia Rivadeneira.

Esta instalación nos muestra, mediante el pensamiento desarrollado por Humberto Maturana, que tanto ciencia como arte son formas de conocer e interpretar el mundo.

En ambas habita la belleza, la experiencia, la armonía y la tensión. El arte, por tanto, es una parte inherente a nuestra evolución como especie, y en el ejercicio de éste, creamos vínculos y espacios donde hacer crecer el saber.

MACARENA URZÚA

Arquitecta Docente
Taller de Espacios I y II
Facultad Diseño



Música

PRIMER LUGAR

“*Cannon in D*” de Pachelbel

Esto no solo me impulsa a buscar el video de la canción original y escucharla un par de veces, sino también me trae un sentimiento de nostalgia y un breve recuerdo de lo que fue mi niñez, en los viajes en auto con mi papá, mi mamá y mi hermana hacia el sur de Chile.

Es increíble los vínculos que tienen nuestros sentidos y nuestro cuerpo con los recuerdos que tenemos almacenados, la capacidad de evocarlos a través de la expresión musical.

Después de varios meses, logré aprenderme “Canon in D” en la técnica de *fingerstyle*. Mientras voy tocando la composición, mi mente va evocando recuerdos de los viajes con mi familia al sur, en el asiento trasero del auto viendo los paisajes por la ventana, sin ninguna preocupación en la vida.

Es una composición que escuchaba en mi infancia, cuando en las vacaciones iba en el auto de mis papás y lo ponían en la radio. Ahora con 25 años, me reencuentro con esta obra en un video de mis youtubers favoritos “Iqbal Gumilar”.

KEVIN LIU CHEN

Estudiante 7mo año
Medicina
Facultad Medicina



Nanometraje

PRIMER LUGAR

“Danza de luna”

Video del autor explorando su cuerpo en un tipo de danza, que recorre distintas situaciones donde se reflejan los “vínculos” de amistades, momentos artísticos y momentos con su pareja, etc. La obra es una reflexión de que el cuerpo es la masa que ocupa espacio en esta tierra y que nos permite sentirla, y los vínculos son la manifestación de algo más profundo que ocurre en el ser; volviéndose la forma de demostrar que habitamos este lugar en la tierra.

CLEMENTE MANTEROLA

Estudiante Postgrado

Cine

Facultad de Comunicaciones



Fotografía

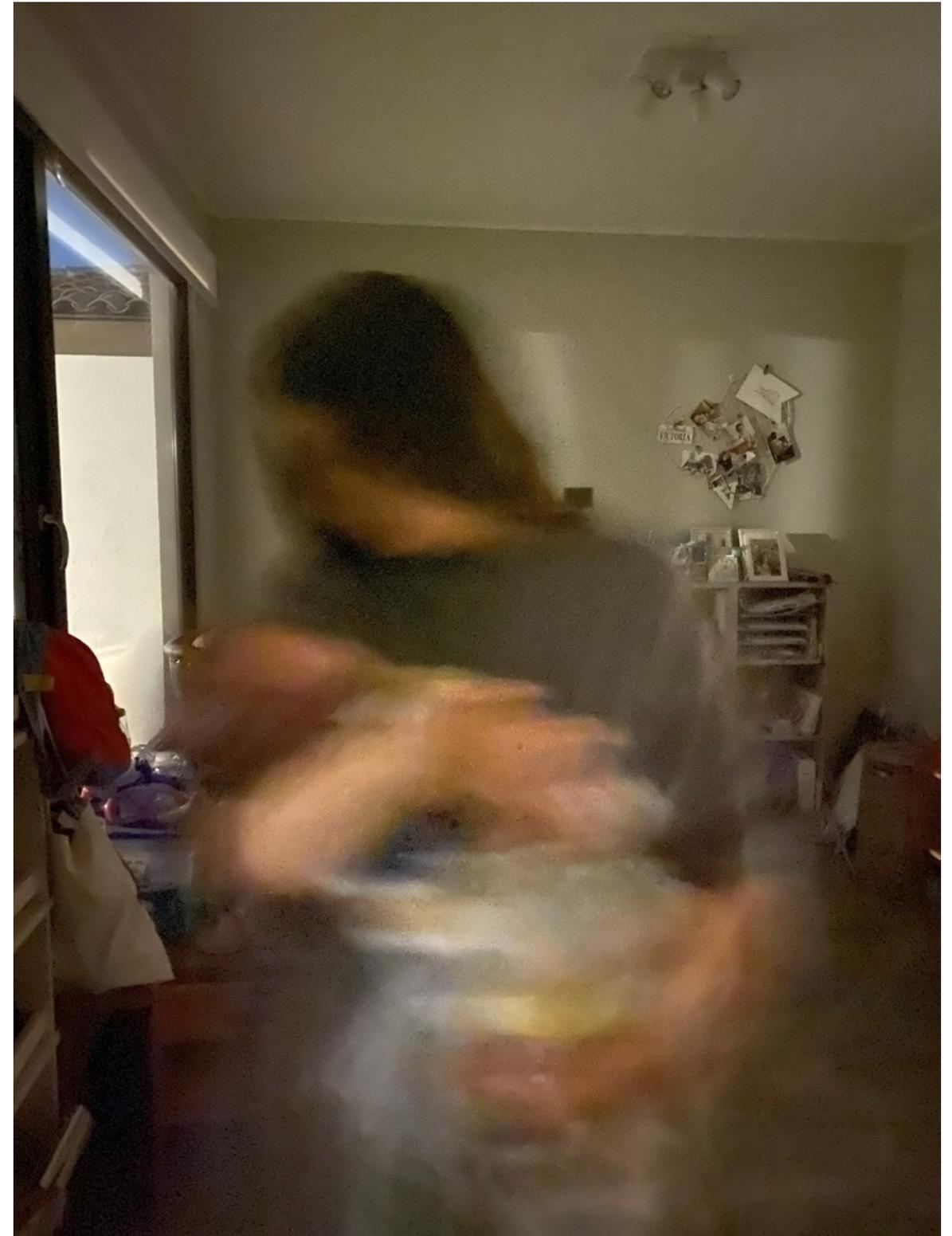
PRIMER LUGAR

“Sh, Sh, Sh”

Esta fotografía nos retrata con mi hijo Gastón cuando tenía 11 meses de edad. Se ve un cuerpo siendo contención, siendo cuna, siendo movimiento y abrigo. En la metamorfosis constante del cuerpo de una madre mientras gesta, pare y cría. Me gusta la imperfección en el desenfoco de la foto. Un escenario quieto y fijo, con un cuerpo en movimiento. Veo la fotografía y puedo escuchar el tono, ritmo y volumen con el que se acompañaba el vaivén: sh, sh, sh, sh, sh.

MARIANA JADUE

Docente
Directora carrera de Medicina
Facultad de Medicina



.....

SEGUNDO LUGAR Y PREMIO FARO

“Somos lo mismo en el mismo lugar”

Esta fotografía busca reflejar cómo en lo cotidiano estamos formados por más que un solo cuerpo; somos más de un gusto, más de un pensamiento. Al momento de estar en pausa y escucharnos a nosotros mismos, podemos vincularnos y pensar en todo nuestro yo. Los cuerpos se vinculan en el espacio para mostrar todo su abanico de formas al estar en su lugar más íntimo, la luz y el espacio.

DANILO CABRERA

Estudiante de postgrado
Arquitectura
Concepción



.....

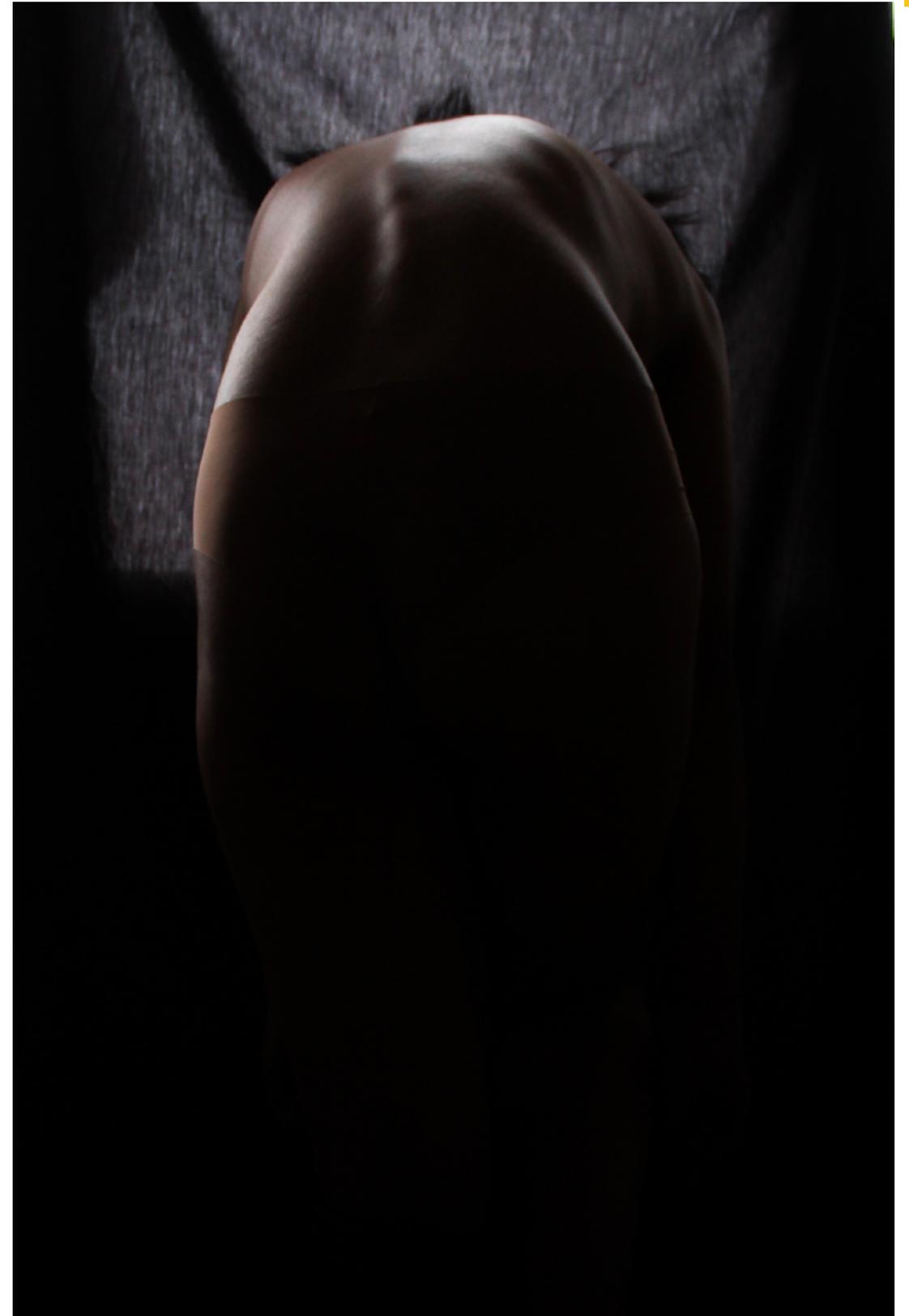
TERCER LUGAR

“Examen físico y anamnesis”

En algún momento de nuestra carrera se nos presenta un cuerpo ajeno y se nos indica que tenemos que poner en acción todo lo que hemos estudiado, es un momento en el que se nos entregan todas las inseguridades y preocupaciones de alguien a quien conocimos quizás quince minutos antes. Esta persona se desnuda frente a nosotros y es nuestro trabajo hacer que se sienta segura en base a todo lo que hemos aprendido.

JUAN PABLO CORTÉS

Estudiante 3er año
Medicina
Facultad de Medicina



Cómic

PRIMER LUGAR

“Cebra”

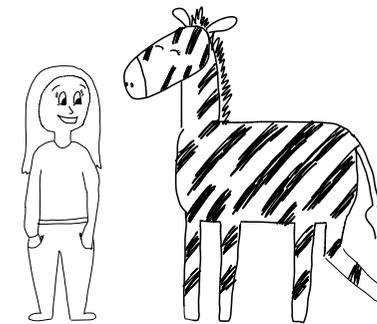
El cómic “Cebra” está dirigido a todos esos adolescentes o personas que han pasado por cambios en sus cuerpos y han tenido que aprender, o intentar, a vincularse con su nueva apariencia. Encontrar el amor propio dentro de los cambios físicos para seguir sintiéndose uno mismo y cómodos en nuestros cuerpos, o en este caso, nuestra cebra.

Hice hincapié en no sólo el vínculo entre nosotros y nuestro cuerpo, si no que también entre los nosotros de ahora y los del pasado, reflejando el amor con el que nos solíamos ver y cómo es importante que ese cariño no se pierda.

CAMILA NIEDMANN

Estudiante 2do año
Medicina
Facultad de Medicina

Cebra



Por: Camila Niedmann Weissbluth



FIN.

.....

SEGUNDO LUGAR

“El camino”

Los cambios a nuestro cuerpo a veces traen consecuencias que no se esperan y uno piensa que el camino lo recorre en solitario. Esta metáfora explica que no es así.

CLAUDIO SUMONTE

Docente
Coordinador preclínico odontología
Ciencias de la Salud
Concepción



Poesía

.....

PRIMER LUGAR

“Tormenta”

Como individuos somos parte de un todo mayor que llamamos naturaleza. Determinadas sensaciones, como una tormenta en soledad, pueden ser un momento potente que gatille una reflexión profunda

ASTRID VALENZUELA

Docente carrera de Medicina
Facultad de Medicina

Escucho el chaparrón desde mi cuarto,
Veo caer el agua
Saltando por el pentagrama imaginario.
Un bemol aviva la nostalgia.
el frío penetrando por mi pecho.
Los árboles se inclinan,
Se sacuden con el viento;
Incansables artistas ondeando
En la tormenta.
Y la luz, la luz que se me escapa
Instalando la inquietud en mi garganta.
Tarde de lluvia;
Una rana croando en el estero.

El agua se descuelga de las nubes,
cada gota en su momento
baja por la ventana,
brilla por un instante,
se escurre y desaparece.
Llegarán otras iguales.
Y otras más.
Mas no a quedarse.
Es la vida dibujando su camino,
Instantes sucesivos, imparables, infinitos.
Es el tiempo inexorable que
Se pinta en los cristales.
Nuevamente el frío penetra por mi pecho:
Mis músculos se recogen
Cuando me subo a una gota
Y me deslizo al abismo.
(siento mis pies pesados).

Afuera un árbol deshojado
implora con sus ramas hacia el cielo
No quiere estar rígido y desnudo.
(Es la diosa Kali en el espejo)
Y tiemblan mis mejillas,
En forma imperceptible,

Ante esa muerte inesperada.
Pero, ino!
Un aire tibio circula por mi pecho
Cuando percibo lo que ocurre
En ese tronco silencioso:
Se están
Forjando los frutos estivales.

En esa invisible maquinaria
el proceso de la vida no se agota.
Imagino la sangre circulando
Por mis venas,
incansable.
Cierro mis ojos y
Siento el corazón
latiendo en mis pulpejos.

Mi existencia
se prolonga más allá
De mis sentidos
De mi piel
De lo que pienso.
Se refleja en la tormenta.
Estoy afuera y adentro.
Hoy soy lluvia, soy penumbra.
Un cuerpo pesado,
espeso.
Cuando en el cielo esté el sol
Tendré los brazos abiertos,
Mi espalda recta
y la música en mi cuerpo.
Somos una sola conciencia
Balanceándose en
Algo
Que llaman tiempo.

.....

SEGUNDO LUGAR

“El cuerpo que ama”

Esta poesía muestra al cuerpo como el medio de conexión con el otro, con uno mismo y con el propio sentido de la existencia.

KARLA LEÓN

Colaboradora
Asistente de Biblioteca UDD

Me hubiese gustado sentir de otra forma el alma, mimar la sonrisa, curarme por dentro, recordar que soy un cielo, un cielo despejado en pleno invierno.

Me hubiese gustado ser un rayito de sol, agua de mi cuerpo, una galera en cualquier dirección en vez de miedo.

Me hubiese gustado tener la mirada fugaz para que pidas un deseo cada vez que sea estrella porque hay sonrisa en tu ruido, y viceversa.

Se me ocurre ser cordillera sobre mis pestañas, la profundidad del mar, un lugar lejos de la oscuridad, para ahogarme en un amanecer que me colme, y existir con más ternura.

La verdad nunca supe dónde poner el dolor o la ausencia, nunca supe si yo soy el dolor y me provocaba la ausencia porque me late el corazón en los ovarios y bailó desnuda alrededor de esta hoguera.

Así que me toca coserme la boca, gritarme en silencio y tocar tu cuerpo con estos mismos dedos que ahora son cenizas.

No te miento, quiero ser un pájaro hambriento, nacer de tu boca, correr desnuda por la playa, porque me arde la piel, los ojos, las ganas y toda esta vida.

Todavía tengo ganas de morir a veces dejarme vencer por el cansancio buscar una despedida justa para volver hasta mí y si el adiós llega, que el abandono sea suave, imperceptible como la sangre en el cuerpo.

Pero te amo y nos quiero, y cuando me abrazas no le temo a la oscuridad. Me vuelvo polvo de tus costillas y miro con ternura mi existencia.

.....

TERCER LUGAR

“Naturaleza”

Trata del diálogo del cuerpo con los sentidos que despierta la naturaleza.

MARCELA LORCA

Docente
Carrera de Periodismo
Facultad de Comunicaciones

No he escrito libros últimamente,
sólo dibujé tu nombre en el lago espejado.
Tampoco tengo visión de negocios,
sólo miro a lo lejos el vuelo de los pájaros,
las nubes sobre el volcán o
la nieve derramada sobre el cerro.
No escucho grandes conferencias,
sólo tu voz, el susurro del viento y
el cantar del agua al chocar en las rocas.
No toco virtuosamente ningún instrumento,
solo deslizo mis dedos sobre tu piel o
sumerjo mis manos en la tierra,
sintiendo su palpito.
No respiro en atmósferas sofisticadas;
en mis pulmones solo entra el aire de la montaña y el
aroma de mi jardín.
Dejé de disfrazar mi cuerpo,
lo abrigo en invierno y lo refresco en verano.
Mis pies ya no recorren los pasillos
de grandes instituciones,
hoy se deslizan entre la hierba y los pedruscos.
Ojalá descalzos, para sentir mejor
el abrazo de la tierra.
La página abierta de la vida
me pide que la escriba.
No he escrito libros últimamente,
quizás más tarde cuente la historia
del cambio, del cuerpo,
del tum tum del tambor
resonando en nuestros corazones

MENCIÓN HONROSA

.....

“Trema”

La pérdida del vínculo a sí mismo

EDUARDO RÍOS

Estudiante 7mo año
Carrera de Medicina
Facultad de Medicina

Ayer te vi de cerca,
Lejos que no te sentía.
Estabas como tú, pero en mis sueños,
liviano, casi intangible.

Sin decir nada
te extrañé y me extrañaste,
callado gritando al viento
un nombre que alguna vez vestí

¿Cuándo nos perdimos en este bosque de hortensias?
¿Cuándo se agrietó la tierra pisada?

Mi primera y verdadera amistad,
mi yo, mi ahí,
ya no me ves ni me hueles ni me oyes ni me tocas,
tu rostro se me escapa,
mi sombra ya no es tuya,
las cuerdas ya no vibran,
y este camino que recorrimos,
se pierde en un golpe de mar con arena.

Cuento

PRIMER LUGAR Y PREMIO FARO

“La mujer del zapato de suela roja”

Este cuento narra la experiencia de un hombre que tras la trágica muerte de su mujer se acercará a la experiencia del cuerpo y de paso a conocer algunas verdades ocultas, que no puede o no quiere afrontar.

SOFÍA SALAS

Docente investigadora Centro de Bioética
Facultad de Medicina

Eulogio Fuenzalida se dejó caer en el antiguo bergère de cuero negro. Más que acomodarse, parecía hundirse en el asiento, sumido en una especie de desconcierto, como si el propio mueble absorbiera su desazón. Sentía que todo su mundo se derrumbaba. Desató el apretado nudo de la corbata. Sus ojos se posaron en la bolsa plástica que había depositado con delicadeza sobre la mesa y su atención se detuvo en la cartera Prada que recordaba perfectamente; Carolina, su mujer, la llevaba consigo durante el almuerzo que tuvieron al mediodía en uno de los restaurantes de la Galería CV.

Carolina, irradiando alegría, había compartido trivialidades y planes para las próximas vacaciones, sumiendo la charla en la rutina de un matrimonio de más de treinta años. En un momento, ella se había levantado para dirigirse al baño.

Eulogio la observó alejarse con deleite. Le fascinaba verla caminar con la cabeza erguida y pasos seguros, aunque quizás demasiado consciente, a su parecer, de las miradas que aún despertaba en algunos hombres. Al regresar, ella parecía un tanto apurada, había mencionado algo sobre una reunión.

“¿Quieres que te lleve?”, logró preguntarle, pero Carolina respondió con un gesto de negación, asegurándole que tenía tiempo suficiente. Se despidieron como de costumbre. “Nos vemos en la noche”, fue lo último que alcanzó a decirle.

Apenas transcurrió una hora desde que Eulogio se sumergió en su trabajo en el despacho, cuando Isabel, su secretaria, irrumpió en la habitación con rostro serio, sin previo aviso.

—Don Eulogio, ha ocurrido un accidente- le informó con cautela.

—¿Qué ha sucedido?, preguntó con voz firme.

—La señora Carolina... está malherida. Abajo está el chofer, él lo llevará.

Dese prisa.

Eulogio se dejó llevar sin cuestionar nada. La gravedad de la situación estaba implícita en el gesto de su secretaria, quien evitó cruzar la mirada con la suya. Mientras se dirigían en el automóvil, intentó en vano comunicarse con sus hijos, sabiendo que a esa hora probablemente estaban ocupados. Les dejó un mensaje breve: “llamen urgentemente”. Nada más. El chofer condujo de prisa por la Costanera Norte en dirección hacia el Centro, dobló por Namur pasando frente al antiguo consulado de Estados Unidos y luego giró a la derecha por calle Lastarria. En la esquina con Rosal, le pidió al chófer que parara.

—Estacione cerca, yo me bajó acá- le dijo, con la voz tensa por la anticipación de lo que estaba por enfrentar.

Descendió del automóvil como un autómatas, con movimientos mecánicos que apenas reflejaban la desconexión de su mente con el entorno. Sintió una extrañeza pasajera al reparar en el lugar del accidente; su esposa rara vez se dirigía al centro por motivos de trabajo, pero cualquier pensamiento sobre aquello se desvaneció rápidamente. Al llegar a calle Merced, vio el vehículo de carabineros que bloqueaba el tráfico, aún con la baliza encendida. Casi frente al hotel Singular, un plástico naranja insinuaba su presencia. No necesitó palabras para comprender. Simplemente lo supo. Se acercó y se presentó al policía.

—Soy su esposo- dijo, con un murmullo apenas audible.

—Señor, lo estábamos esperando. Es necesario que usted haga el reconocimiento del cuerpo. ¿Está preparado? – preguntó el carabinero, con una entonación mecánica, denotando su familiaridad con escenas tan desgarradoras.

Eulogio asintió. El carabinero levantó el plástico que cubría el cuerpo de su mujer. Arrodillándose, Eulogio tocó con suavidad el rostro pálido de Carolina. No pudo evitar estremecerse al sentir lo frío que estaba. La mano izquierda de ella estaba apoyada en el pavimento, donde se había formado un pequeño charco oscuro.

Con gran ternura, le movió un mechón de pelo que le cubría el rostro; a pesar de su palidez, le pareció que estaba dormida, tranquila, sin signos de haber sufrido. A lo largo de estos años, infinitas veces él le había acomodado el cabello, que se le alborotaba con el viento y, cuando lo hacía, ella siempre le devolvía una tierna sonrisa. Esta vez sólo sintió un frío desolador; sin poder evitarlo, se abrazó largos minutos a su cuerpo inerte, hasta que sintió una voz que le decía “señor, levántese”.

—Es ella —dijo, luchando por contener un sollozo—. ¿Qué ocurrió?

—Fue el furgón escolar que está allí. Según la conductora, su señora cruzó de improviso, sin esperar el cambio de luz. Fue todo demasiado rápido, no alcanzó a darse cuenta. Quédese tranquilo, ella no sufrió. Murió en forma instantánea- informó el carabinero, con el mismo tono de voz que seguramente usaba en la entrega de turno, eficiente, frío, impersonal, como si esas palabras pudieran traerle algún consuelo.

Eulogio contuvo las palabras que ansiaba expresar. ¡Que se quedara tranquilo! Como si la tranquilidad fuera una opción en ese momento.

—¿Qué sucede ahora? – preguntó. - ¿Hay que esperar al juez que autorice el traslado? - Su formación de abogado lo hizo reaccionar de inmediato. Recordó los trámites, la autopsia del Médico Legal, la funeraria.... Buscó su celular y llamó al chofer.

—Miguel, consígame el número de teléfono del Juez Zamora. También avise a la oficina, por favor. Yo me encargo de mis hijos.

En medio de la multitud, una mujer apareció sosteniendo la cartera de Carolina. Se la entregó a Eulogio con una especie de reverencia, como si llevara consigo un valioso objeto. “Estaba preocupada de que se la fueran a robar”, le dijo, antes de desaparecer entre la multitud de curiosos que seguían amontonándose alrededor del cuerpo de Carolina, esperando quién sabe qué. Eulogio recuperó la compostura. Parecía como si alguien ajeno a él mismo estuviera tomando las riendas de su mente. Organizó todo meticulosamente: apresuró la llegada del juez y se comunicó con sus contactos del Médico Legal para agilizar el proceso y asegurarse que le entregaran el cuerpo lo más pronto posible.

Cuando llegaron sus hijos, los curiosos se apartaron con delicadeza. Los dos hijos mayores sostenían del brazo a Amalia, quien vestía jumper escolar. Abrazó primero a sus hijos mayores y cuando abrazó a su hija, no pudo evitar un largo sollozo. Estuvieron los cuatro juntos, abrazados, ajenos a lo que sucedía a su alrededor, hasta que uno de ellos preguntó:

—Papá, ¿podemos...?

Eulogio conocía bien a sus hijos, no necesitaba que le explicaran qué querían.

—Vamos, pero tengan cuidado con no levantar el plástico, siempre hay gente desubicada; a la mamá no le habría gustado ver su foto en los diarios, ustedes saben lo pretenciosa que es... que era- les dijo, con voz temblorosa.

Se acercaron los cuatro y con extrema delicadeza fueron cada uno tocando el cuerpo de Carolina, despidiéndose de ella en silencio. Se arrodillaron y Amalia improvisó una oración.

Permanecieron en una tensa espera hasta que por fin llegó el juez, quien autorizó de inmediato el levantamiento del cuerpo. Eulogio quiso ir solo al Médico Legal, quería ahorrarles a sus hijos el desgaste que significaba eso; les indicó que pidieran un Uber y que fueran a casa de los padres de Carolina para esperar allí noticias suyas. Llamó a su chófer:

—Miguel, necesito me lleve al Médico Legal, ¿dónde está? Yo voy para allá mejor- le dijo.

La avanzada hora ya no permitía la entrega del cuerpo esa tarde. “Lo sentimos mucho señor, no hay nada que

hacer hasta mañana por la mañana. Como usted sabe, hay que hacer la autopsia de rigor”, le informaron. Luego, un funcionario le entregó una bolsa plástica con la vestimenta de Carolina y un único zapato.

—Lo siento, señor, no pudimos encontrar el otro. Seguro que quedó en el lugar del accidente- le dijo.

Eulogio tomó con delicadeza el zapato de vistosa suela roja. La angustia lo invadió al imaginar que el otro zapato yacía en la calle, como un mudo testigo de la tragedia. No sabía exactamente por qué, pero la ausencia de ese zapato lo afectaba profundamente; no recuperarlo era como dejarla un poco abandonada. Le preocupaba que pudiera hacer frío o llover, exponiéndolo a la intemperie. Parecía escuchar el taconeo lejano de Carolina, tan característico que podía identificarlo a la distancia.

—Miguel, quiero que volvamos al centro.

—¿Al centro? ¿quiere decir al lugar del accidente?

—Exacto.

Miguel prefirió no contradecirlo. Durante el trayecto, Eulogio acarició de manera mecánica el zapato, pensando en el último viaje al centro de Carolina. Le pidió al chófer que lo dejase cerca y que espere en el estacionamiento de calle Merced. Caminó media cuadra hasta quedar enfrente del hotel Singular. Recorrió la calle entera, por la vereda norte y luego por el lado sur. Examinó con detención cada esquina y cada basurero. Incluso se aventuró hacia el breve paseo peatonal de Lastarria, pero sin éxito. Supuso que los barrenderos habrían encontrado y descartado el zapato como si fuera basura común o tal vez alguien decidió quedarse con él como recuerdo, aunque fuese solo uno. En ese momento, ya poco importaba.

Volvió sobre sus pasos por Merced. Era una calle típica del centro de Santiago, con edificios antiguos renovados, alguna construcción moderna y un par de cafés con mesas en la vereda. Observó a la gente pasar sin prisa. Un par de colegiales fumaban en la calle, un hombre con maletín de cuero preguntó por el diario vespertino en el quiosco, mientras unos turistas, vestidos con pantalones cortos, sacaban fotos. Solo prestó una leve atención al precioso edificio del hotel que tenía enfrente. Todas eran imágenes cotidianas que le parecían tan ajenas. ¡No podía entender por

qué Carolina había ido a mostrar un departamento a esos barrios!

Miró el reloj, eran recién las siete de la tarde, y parecía que un abismo se desplegaba por delante. Sus hijos probablemente seguían en la casa de los abuelos; los llamó para que se juntaran todos en casa a las ocho. Eulogio había demostrado pura eficiencia y organización hasta ese momento, pero ahora, sentado en su bergère, frente a la bolsa que contenía las pertenencias de su mujer, se sentía abrumado. No sabía por dónde empezar y tampoco estaba seguro si quería ver lo que le habían entregado, pero sentía que debía hacerlo. Ella habría hecho lo mismo por él.

Al abrir la bolsa, lo primero que vio fue el vestido, con unas delicadas flores en tonos pastel, que vestía Carolina durante el almuerzo. Se lo había comprado el año anterior, cuando celebraron sus treinta años de matrimonio en Menaggio, a orillas del Lago di Como. Recordaba bien cuando salió del probador desfilando con gracia para él.

—¿Te gusta, mi amor? - le había preguntado con una sonrisa coqueta.

—Te ves preciosa- le había respondido con sinceridad- Será mi regalo de aniversario para ti.

Tocó la tela, deleitándose con la suavidad de la seda que hacía tan poco había abrazado el cuerpo de Carolina. Eulogio suspiró. El vestido aún tenía impregnado el perfume que ella llevaba ese día, Flower de Kenzo. Pero también olía a sangre seca. No tenía claro desde cuándo ella había dejado de usar el Chanel Nº 5 que tanto le gustaba a él. Una vez le había preguntado por el cambio; Carolina había sonreído y, entrecerrando los ojos, le había contestado “este tiene un aroma más juvenil”.

Observó los desgarros y las manchas oscuras en el vestido. Un estremecimiento lo recorrió mientras acariciaba la prenda; permaneció en silencio, con las manos aferradas a la seda, temeroso de continuar. Las campanadas del viejo reloj inglés de la salita lo sacaron de su ensoñación y con esfuerzo continuó examinando el contenido de la bolsa. El sostén parecía intacto, como si estuviera dispuesto encima de la cama, esperando que ella se lo pusiera, tal cual hacía cada mañana al salir del baño, cubierta apenas por una toalla. La pequeña pantaleta de encaje negro atrajo su atención; algo en esa prenda le pareció extraño, aunque no podía identificar qué. Entrecerró los ojos,

tratando de imaginar a Carolina vistiendo esa ropa interior, pero le resultaba demasiado doloroso.

Una vez más, tomó el vestido, cerró los ojos y aspiró su fragancia, consciente de que con el tiempo se desvanecería hasta convertirse en un recuerdo lejano. Vació la bolsa y apareció el collar de perlas que habían comprado juntos en un crucero por el sudeste asiático y su reloj.

No estaba seguro de qué haría con esos recuerdos. Por ahora los metería en una caja y después decidiría con calma qué hacer. Tomó el zapato. Miró a su alrededor y no dudó un instante cuál debía ser su lugar. En el sector de la biblioteca donde Carolina tenía sus libros, había tres que estaban en un lugar destacado. En la repisa, flanqueados por dos delicados apoya libros de bronce, estaban "Los Tres Mosqueteros", la "Odisea", y "El Tigre de la Malasia". Una vez le había preguntado por qué, de todos los libros de su infancia, había conservado justo aquellos, que probablemente nunca volvería a releer.

—¿No lo puedes intuir, no es cierto?

—No, claro que no.

—Pues es fácil, fueron mis primeros amores.

—¿Amores?

—DÁrtagnan, Ulises y Sandokan, obvio- le había contestado con cierta picardía.

Eulogio pensó que ella lo estaba provocando, aunque su voz tenía un dejo nostálgico que lo dejó confundido. No había sabido qué contestar. Por primera vez se había sentido inseguro, incapaz de enfrentar una suerte de desigual competencia. Esos tres personajes eran aventureros, infieles, osados, temerarios, guerreros. En cambio, él sólo podía ofrecerle seguridad, fidelidad y su inconmensurable amor.

Abrió el ejemplar de la Odisea, era una edición de comienzos del siglo XX de la Editorial Montaner y Simón, encuadrada en beige, con un vistoso borde rojo; debajo del título aún se visualizaba la cabeza de Homero rodeada de una corona de laurel. Con caligrafía infantil, estaba escrita una dedicatoria:

Regalo para Mi, de Mi tata,
en Mi cumpleaños N° 12. Yo, Carolina
Octubre 1980

No pudo evitar sonreír con ternura al ver la cantidad de veces que Carolina había escrito su pronombre. No dudó un instante, ese era el lugar preciso donde el solitario zapato debía estar, ¡custodiado por sus antiguos amores!

La salita había sido testigo de una de las pocas peleas serias que habían tenido. Una tarde, hace un par de años, Eulogio había llegado preocupado porque tenía que terminar un informe en derecho para el día siguiente, debía buscar varios documentos y revisar jurisprudencia. Al entrar a la salita, había percibido de inmediato que todo estaba desordenado o, más bien dicho, que imperaba un nuevo orden. Cual teclas de un piano, cada cierto número de textos de derecho había un libro de Carolina. En otros estantes, los libros habían sido ubicados en orden decreciente de altura, luego había una pequeña escultura, un florero, un adorno cualquiera, y una nueva hilera de libros, pero esta vez en orden creciente. Mirado de lejos, se podría decir que la biblioteca había tomado una nueva vida, que era más alegre, más viva si se quiere, pero claramente no funcional para un estudioso del derecho.

Eulogio había montado en cólera. Ella sólo había sonreído con tristeza: "sólo quería que el lugar fuera más lindo, si hubiese sabido que te molestaría tanto, no lo habría hecho", le había intentado explicar, sin éxito. Desde ese día habían tomado la decisión que el sector de la derecha correspondía a Eulogio y sus libros de jurisprudencia y sus novelas policiales. A la izquierda, Carolina podría ordenar sus propios libros y adornos a su antojo. Asimismo, Eulogio usaría el escritorio de roble americano que había heredado de su abuelo, mientras que ella se compró un escritorio de vidrio. Por esa misma época, le había llamado la atención a Eulogio que lenta, pero sostenidamente, ella había ido cambiando sus gustos literarios. Había abandonado la lectura de Nabokov, de Henry James, de Nemirovsky y las había reemplazado por la trilogía de Sarah Lark y las novelas románticas de John Green.

—¿Cómo es que has ido comprando este tipo de libros?

—¿A qué te refieres?, -su voz le había parecido algo a la defensiva.

—Pues lees distinto ahora.

—Mmm, puede ser, es que estos libros tienen romance, me hacen soñar.

Eulogio no se atrevió a seguir con el tema; le hubiese gustado preguntarle si acaso con él no tenía romance o si acaso ya no tenían sueños compartidos, pero ahora era demasiado tarde.

Abrió la cartera, y aunque podía describir su contenido sin necesidad de mirar, lo examinó con meticulosidad. Carolina siempre llevaba consigo lo mismo, disfrutaba de tener todo a mano y, con el tiempo, sus bolsos se volvieron cada vez más grandes++ para acomodar su mundo entero. Todo parecía estar en orden: la billetera, el cosmetiquero con el brillo labial, la sombra para los ojos, el rubor y el pequeño espejo que usaba para retocarse antes de salir a una reunión. Eulogio abrió la agenda, donde Carolina anotaba cada reunión, cada propiedad que ponía en venta o arriendo, las salidas con amigas e incluso las compras cotidianas, todo quedaba registrado con su pulcra letra. Había adquirido esa manía durante sus estudios universitarios, y solía decir: "Así mantengo los gastos controlados".

Eulogio notó el celular, con la luz roja aun parpadeando. Carolina nunca se separaba de su iPhone, siempre conectada, revisando correos. "Es parte de mi trabajo, ya sabes cómo es", le decía a Eulogio, cuando él le reclamaba cuando se distraía con su celular. Se detuvo en los últimos mensajes. "Voy cinco minutos tarde" era el primer mensaje de Carolina, y la respuesta de D: "No se preocupe, la estoy esperando". Eso era todo.

La curiosidad de Eulogio lo llevó a preguntarse qué significaba la inicial "D". ¿Sería de doctor, tal vez de dentista, un nuevo departamento en venta o quizás de alguna amiga de la infancia? Buscó en la agenda de su mujer, pero no encontró nada anotado para esa tarde. Había algo que no encajaba, más allá de lo extraño que resultaba que Carolina saliera del sector oriente para ir a mostrar departamentos en el centro de Santiago. Llamó al celular de la secretaria de Carolina. Ella seguramente debía saber algo al respecto.

—Pilar, disculpe que la moleste a esta hora; soy Eulogio, el esposo de Carolina.

—Don Eulogio, no sabe cuánto lo siento. Estamos todos tan afectados. La señora Carolina era el alma de esta oficina.

—Sí Pilar, para ella también es... digo era, muy importante su trabajo. Pilar, tengo una duda. ¿Sabe usted con quién tenía que verse Carolina hoy? Lo pregunto por si hubiera que avisarle a alguien- agregó Eulogio, con una entonación extraña en la voz, casi como pidiendo excusas por entrometerse en el mundo laboral de su mujer.

—Pero don Eulogio, si hoy es miércoles.

—¿Y...?

—Acuérdese, la señora Carolina dejó de trabajar los miércoles por la tarde a comienzos de año. Después de almuerzo, lo tenía libre.

—Ppppues claro, perdone. Yo... yo lo había olvidado. Es decir, no recordaba que hoy es miércoles- contestó Eulogio, sin poder ocultar su confusión.

Intentó recordar qué le había dicho Carolina al despedirse. Era algo así como "me adelantaron la cita", o tal vez "me adelantaron la hora". No podía precisar bien cuáles habían sido sus palabras exactas. Tampoco tenía claro si importaba o no, a esas alturas, avisarle a alguien que ella no iba a llegar; ya tendría que haberse dado cuenta de que ella ya no asistiría.

Eulogio suspiró mientras siguió revisando el resto del contenido de la cartera, sacudiéndola encima de la mesa. Entremedio de lápices, clips y una crema de manos, cayeron la argolla de matrimonio y el anillo de compromiso. Carolina nunca se los quitaba, ni siquiera cuando se duchaba o se bañaba en el mar. Eulogio estaba perplejo. Se pasó la mano varias veces por la cabeza y se mordió el labio hasta sentir dolor. Miró los objetos esparcidos sobre la mesa: la ropa interior, el vestido, su collar y sus joyas.

Reparó nuevamente en el celular de su mujer. Apenas le quedaba carga de la batería. Se tenían tanta confianza, que compartían la misma clave para desbloquear el teléfono; entre ellos nunca hubo secretos. Marcó el número de "D", pero nadie contestó. Entonces sabe, se dijo, quien quiera que sea con quien Carolina iba a juntarse, tiene certeza que no es posible que ella le haga una llamada. Dejó pasar varios minutos y marcó el mismo número, pero desde su propio celular.

—Pronto —contestó una voz masculina que no pudo reconocer.

- ¿Chi chiama?, volvieron a decir, con algo de molestia, tal vez cansancio, en la entonación. Eulogio no supo qué contestar y cortó. Pensó en la persona que no había querido responder cuando recibió la llamada desde el celular de Carolina.

¡Era él, tenía que ser él a quien iba a ver!, murmuró. ¡Un italiano! Se sentía confundido, no podía ser que desconfiara de su mujer, menos ahora. No pudo evitar coger el celular para registrar los mensajes o las llamadas del misterioso D; pero el celular ya no tenía carga.

Entró Amalia y le dio un cariñoso beso en la mejilla.

—Papá, necesito hacer una llamada urgente y mi celular se descargó. ¿Me prestarías el de la mamá?, te lo devuelvo de inmediato. La voz de Amalia le pareció tan inocente, tan carente de segundas intenciones, que no pudo evitar conmoverse.

—¿El celular? - Eulogio titubeó un momento.

—Sí papá, el celular, la mamá siempre lo andaba trayendo.

—Lo siento Amalia, el celular no estaba en su cartera. Seguro que se cayó en el accidente- contestó. El celular no lo puedo entregar, pensó. Mientras lo apretaba fuerte en el bolsillo, un extraño cansancio se apoderó de él.

Durante la sobria cena, Eulogio observó a sus hijos consolando a los abuelos, quienes también se esforzaban por contener la tristeza y el desconcierto. Se preguntaba quién era realmente Carolina, qué secretos suyos quedaban aún por develar. Decidió guardar para sí mismo aquellos detalles íntimos, pensando que no serviría de nada añadir más dolor a su trágica pérdida. La atmósfera estaba cargada de pesar mientras Eulogio se esforzaba por sostener conversaciones cortas y evitar preguntas incómodas. En un momento Eduardo, su hijo mayor, tomó la palabra.

—Estuve pensando en la ceremonia fúnebre y en lo que podríamos decir. Tal vez sería bueno recordar anécdotas bonitas, momentos felices con la mamá.

—Tienes toda la razón, fue una hija maravillosa, una esposa ejemplar, y tan buena madre con todos ustedes- agregó sollozando la mamá de Carolina. Eulogio no supo qué decir. Se sentía abrumado por la responsabilidad de proteger a su familia de cualquier

duda respecto de Carolina. Se preguntaba si acaso él tendría el coraje de conocerla en profundidad. Pero ellos no necesitaban saber más de su madre. Antes de terminada la cena, Eulogio se levantó con determinación y les dijo:

—Necesito estar solo. Estaré en el escritorio, pero por favor, no me interrumpen.

Se sentó una vez más en el viejo bergère. Todo en la habitación evocaba la presencia de Carolina: estaban sus libros, meticulosamente ordenados; las pequeñas esculturas que adornaban los estantes; el delicado escritorio donde ella solía pasar horas trabajando. Al abrir el ventanal, el suave aroma del jazmín del cabo llenó la habitación, intensificando su sensación de soledad y añoranza.

Estaba seguro de haber sido el primer hombre en la vida de Carolina, eso lo sabía con certeza. Sin embargo, mientras contemplaba el rastro de su existencia en cada rincón, una duda amarga comenzó a apoderarse de él. ¿Habría sido él también el último? Sintió el peso del celular en su bolsillo. Sin titubear, lo destruyó con uno de los apoya libros de bronce.

SEGUNDO LUGAR

“Sacha, yo y ustedes tres”

Este cuento narra cómo a través de la experiencia de un cuerpo enfermo se generan y fortalecen los lazos de un grupo de mujeres.

MARÍA CRISTINA SILVA
Directora Aseguramiento de
la Calidad
Facultad Comunicaciones

I.

Uno se ve pésimo con esas batas azules de clínica. Como desvalida, vulnerable y más encima sin formas porque hay que sacarse la prenda que ayuda a definir el perfil. Peor todavía si es invierno: se asoma la piel pálida y uno termina poniéndose un chaleco o un abrigo que no combinan con la batita para resistir el aire acondicionado gélido de recinto médico. Fatal.

Así me encontraba en la impersonal sala de espera de la unidad de radiología e imágenes, rodeada de puras mujeres igual de asustadas que yo, cuando entró ella. Joven, delgada, tez clara, ojos azules, linda sonrisa y un coqueto turbante que tapaba perfectamente bien su evidente calvicie. Ahí, en ese lugar tan ingrato donde todas las pacientes en realidad están impacientes, donde todas esperan como ovejas que van al matadero el veredicto de un examen que definirá si su vida será o no un infierno en los próximos meses, ella parecía una princesa o un hada recién llegada de tierras nórdicas. Evidentemente no era local. Pasaban los minutos y hacían pasar a una y a otra dama de bata, pero a ella todavía no le llegaba su turno. Me dio tanta curiosidad. ¿Estaría empezando o terminando su tratamiento? ¿Cómo se había sentido? ¿Cuáles eran los próximos pasos a seguir? ¿Desde cuándo vivía en Chile? ¿Qué la había traído a nuestro país? ¿Tenía planes de quedarse harto tiempo más? ¿Estaba apenada? ¿Estaba asustada? ¿Estaba enamorada?

¿Le hablo o no le hablo, le hablo o no le...? Le hablo.

Con su linda sonrisa y sus ojos luminosos me dijo que se llamaba Sacha (o eso le entendí... me dicen que es nombre de hombre), que era rusa, que estaba en tratamiento por cáncer de mama, que llevaba seis quimios y le quedaban unas pocas. También me contó que las sesiones de quimioterapia tenían lugar cada 10 días y que finalizadas las quimios vendría la operación. El procedimiento de esta oportunidad era para “marcar” donde debían operarla.

Con gran soltura y sin evidenciar ninguna incomodidad me relató que se sentía algo decaída pero nada del otro mundo, que descontando los días de quimioterapia seguía haciendo vida bastante normal y que se había asustado mucho pero que ya estaba tranquila. Me confesó que lejos lo peor había sido perder su pelo (lo imaginé muy claro, largo y bien brillante), que se había cambiado de doctor porque el GES le asignó un centro médico distinto del inicial, y que esto terminó siendo bueno porque su primer doctor había sido muy poco empático (francamente pesado, pensé). Una curiosidad que me comentó fue que en la primera clínica por la que pasó en su periplo de enferma, la máquina para hacer las resonancias le había parecido “de la ex Unión Soviética”. Me causó gracia, no me habría imaginado que una rusa rondando la treintena y más encima vecindada en Chile hiciera referencia a la URSS. Me encantó el detalle.

No me atreví a preguntarle sobre su trabajo, sus amistades, su situación sentimental. Curioso, porque la llevé a hablar de cosas bien personales. Le deseé suerte y le dije que todo iba a andar bien. Me sonrió y no me preguntó nada.

Seguramente pensó que estaba en un control de rutina, con mi pelo largo sin rastro de haberlo perdido en los últimos años. O pensó que mejor no preguntar. O, lo que es bastante probable, no pensó en nada más que en el procedimiento que tendría que resistir en unos minutos más.

En el poco pero nervioso tiempo que tuve antes de que me hicieran pasar a la atemorizante mamografía imaginé los últimos meses de la vida de Sacha.

Seguramente había sentido pánico. Probablemente había llorado. Posiblemente se había enojado. Eventualmente se había mirado al espejo, a torso desnudo, preguntándose hasta cuándo iría a tener el aspecto que tiene ahora.

Y pensé en esa palabra satánica que se me aparece cada vez que me toca el famoso examen": MU-TI-LA-CIÓN. Ay qué palabra más fea, qué término más macabro. Hay que "salir de ahí", concentrarse en otra cosa, ponerse a cantar. Así que dejo de pensar en ella y espero que esa amenaza no se me vuelva a presentar nunca más.

Hubo otros términos que intentaron colarse en mi cabeza en esa espera atacante pero que supe echar prestamente. BIRADS- BIOPSIA- MARCACIÓN- CARCINOMA. "No es el momento, hay que pensar positivo, el verde es un color sanador, o era el naranja... en fin, ahora lo que hay que hacer es aguantar el examen, eso no más, soportar el apretuje y listo...". Aguantar con serenidad, resistir con estoicismo. Como un soldado que va al frente de batalla.

Me avisan que es mi turno. Las tecnólogas que me atienden son amables, muy amables. La temperatura es bastante agradable. Hay un cuadro bonito y, gran cosa, tienen la deferencia de dejar la puerta de la sala de procedimientos bien cerrada mientras dura este no grato examen.

Partimos con la tortura del lado derecho, seguimos por el izquierdo.

"No se vista, le vamos a tomar unas imágenes más", dice una de las amables tecnólogas.

"Cresta, no suena bien", pienso, pero de inmediato me pongo en modo #piensa positivo. Vamos que se puede, la meta de hoy es aguantar esta porquería de examen. Vamos que se puede.

Tras unos cuantos apretujes extra me liberan por fin. Primera prueba superada.

Vamos por la segunda: gel helado y maquinita que se desplaza por el torso desnudo. Cada detención de la máquina que dura un milésimo de segundo más que la anterior, corazón que se encoge. Varias de esos encogimientos.

Hasta que una sonriente doctora dice lo improbable: "Se ve todo igual que hace seis meses".

Impactante, el veredicto lo dio sin mediar pregunta. Jamás le habría preguntado.

Me debato entre saltar en un pie y ser cauta. Recuerdo que el "médico tratante" es el que siempre tiene la última palabra. ¿Y si él encuentra que las imágenes son casi iguales que hace seis meses, pero no exactamente iguales? Intento seguir con el #piensapositivo: si la doctora dice que todo está igual será porque es verdad, no se arriesgaría a pronunciar su fallo si no estuviera segura. Lo decido: ASÍ ES. La última vez me dijeron "control en seis meses, dejemos que sea el tiempo el que discrimine". Entonces las palabras de la doctora definitivamente quieren decir que el tiempo decidió no llevarme a nada malo. Decidió no transitar hacia la enfermedad. Decidió dejarme en la categoría "de alta".

Peso como diez kilos menos. Tengo ganas de llorar. Pienso tantas cosas mientras me saco la bata. Que quiero hacer una fiesta, irme de viaje, comprar flores, salir a comer con mi marido, invitar a mis amigas a la casa, tomar ese curso de política y literatura, capacitarme, hacer más deporte. Quiero hacer todas las cosas que uno deja como congeladas porque solo tiene cabeza para lo obligatorio (niños, trabajo, tareas de la casa) y, por cierto, para cumplir con el examen que el doctor le dice a uno que tiene que hacerse. Porque eso sí que no se puede olvidar.

Pienso en lo afortunada que soy de tener varias personas pendientes de mi examen. Así que mando mi primer whatsapp: "Se ve todo bien". Luego un par más en el mismo tono.

Con el teléfono en la mano me acuerdo del mensaje que me mandó una gran amiga desde España la última vez que le conté que mi examen-cada-seis-meses había salido bueno. "Qué noticia más buena!!! Así es la cosa... cada seis meses se nos va renovando la vida... con todo el miedo pero también con la alegría de estar en este mundo. Con el tiempo tal vez iremos logrando transformar el miedo en esperanza y entrega para el otro que nos espera... la cuestión es que crezcan nuestros hijos por mientras. Te mando muchos besos".

Tan lindo y tan cierto. Ella también pasó por esta lata, y le tocó un poco peor que a mí. Radioterapia de varias sesiones. Recién habíamos cumplido 40 y su hija menor tenía meses. Por suerte, no fue con quimio. Ni ella ni yo. Terrible perder el pelo.

Por fin logro salir del sector paciente/impaciente y camino tranquila hacia la sala de espera. Antes de encontrarme con mi fiel acompañante me cruzo con

un joven muy alto, de pelo claro, ojos azules y con un evidente aspecto de extranjero. Me alegré muchísimo: Sacha tenía su enamorado.

Todavía tengo un par de días antes de la cita con el "médico tratante". Días curiosos, sin la ansiedad previa al examen pero todavía sin tranquilidad total. Días a la espera del verdadero veredicto.

Hasta que llega el día. Nuevamente ese lugar en el que he estado tantas veces, nuevamente ese espacio que me es tan hostil. Conozco bien ese mesón, ese "tótem interactivo de autoatención", esa máquina de agua, esas sillas cómodas pero que igual resultan incómodas, esas señoritas tan bien peinadas y maquilladas. "Sala de espera" es un título muy elegante, pero ni un genio de la decoración lograría hacer de esta categoría un espacio cálido. Al menos en una clínica eso es imposible.

Y vamos con el diálogo de sala de espera. Vamos palabras, aparezcan por favor. Hay que hacer esto más ameno.

Hasta que mi nombre suena por el alta voz. ¿Segura que es el mío? No hay duda, es mi nombre. Consulta catorce. Por el pasillo a mano derecha. Inhalación y exhalación. Frente en alto. Paso firme. De la mano de mi amor.

Saludo de rigor, preguntas que se responden rápido. La hora de la verdad: el doctor estudia el informe, escudriña las imágenes, revisa minuciosamente la evidencia. Y no se hace esperar.

"Control en un año", dice impávido el juez.

"Control en un año" me repito a mí misma. ¡En un año! Cuesta creerlo, demasiado bueno para ser cierto. Me convengo de que es cierto sorprendentemente rápido. Me la creo, me empodero. Me dirijo hacia la salida de la clínica con un andar tan liviano que parezco bailarina.

Mi trayecto hacia la salida supone pasar por el costado de la unidad de radiología e imágenes. Me cruzo con una joven de tez clara y turbante y creo ver en ella a Sacha. Miro bien y compruebo que no es, pero de todas maneras le dedico una sonrisa. Ella me devuelve la sonrisa y me voy genuinamente feliz.

II.
Mis muy queridas Catalina, Isidora y Belén:

Qué bien las he visto estos últimos meses. Contentas, lindas, motivadas y llenas de amigas. Me da tanta alegría que cada una de ustedes, en su distinto momento de la juventud, adolescencia o niñez, haya alcanzado su propio equilibrio. Me encanta verlas así.

Como madre uno quisiera protegerlas de toda amenaza y tapar lo malo de este mundo. Quisiera que los cuentos de hadas con final feliz fueran la tónica de los relatos, que las anécdotas divertidas fueran el canon de los recuerdos y que a futuro todos los problemas encontraran pronta solución.

Pero uno sabe que no es así. Sabe que ninguna vida está exenta de dolores, que estos se alternan con las alegrías y que el saldo siempre es bueno. Pero de que hay cosas que cuestan, las hay. Que hay días difíciles, los hay. Que la cuesta a veces se hace más empinada, vaya que se hace.

Hoy quisiera contarles que los adultos muchas veces pasamos susto. Más allá del miedo a la oscuridad, el desamor, el desengaño o el fracaso, tememos que les pase algo a ustedes. Tememos traspasarles nuestras propias inseguridades, nuestros sustos y nuestros males.

Esta mañana vi una foto de ustedes en la orilla del mar. Fue tomada a mediados de julio y el día se ve evidente helado: el cielo es gris con unos destellos anaranjados, se atisban una nubes y el mar es de un color plomizo metálico. Me dio frío ver esa foto.

Pero ustedes están en traje de baño. Están muertas de la risa, gozando, con sus pies en ese mar que parece un témpano. Están felices sin siquiera vislumbrar todas las posibilidades que uno como madre ve: que se van a resfriar, las va a revolcar la ola, se van a azotar la cabeza... ¡Tantas amenazas que uno imagina!

Aunque no nos guste, las mujeres enfrentamos una amenaza real que se intensifica a partir de los cuarenta años. Se acrecienta a esa edad en que nuestros hijos no son tan grandes ni tan niños, y que nos sentimos muy vitales. Se agranda cuando estamos en una meseta de paz y hemos superado la carrera permanente y la ansiedad de la juventud. Esa amenaza que a veces se concreta es el temido cáncer de mama. Ese que ha inspirado tantas

campañas de prevención, tantas corridas y tantos reportajes. Ese que se ha llevado consigo muchas vidas y más ilusiones.

No quiero asustarlas, mis niñitas, sino más bien contarles cómo es la vida a ratos. Relatarles que los tratamientos y las intervenciones a veces se hacen un mundo, pero que paso a paso se sobrellevan. Se transitan y se superan.

Estoy segura de que aunque la vida las enfrente a situaciones atemorizantes van a poder sobreponerse. Van a encontrar el valor y el arrojo pararse como en ese helado día de julio, en traje de baño frente al mar, para hacerle frente a cuanta marejada y vendaval ose acercarse. Van a poder pararse si la ola las bota.

Las conozco bien y sé que así será. Les dejo un beso a cada una. Mamá.

III.

Reviso que esté todo listo: computador y proyector funcionando, sillas bien dispuestas, galletas y termo para el break, temperatura agradable. Siento alivio: todo está perfecto.

Han pasado ocho meses desde el "control en un año" y estoy a minutos de lanzar lo que para mí es un gran emprendimiento: un taller de escritura para mujeres que están atravesando -o ya superaron- un evento oncológico.

Pensé mucho en torno a cómo darle un sentido a todo lo vivido y reflexionado sobre este mal y se me ocurrió que un taller de escritura sería una linda instancia para ayudar. Una posibilidad de aportar.

La estructura del taller es la clásica. Haremos lecturas en conjunto de textos seleccionados y cada asistente se aventurará con su intento de escritura. Yo seré una guía que las ayudará a encontrar el elemento gatillador del relato y el tono adecuado. Entre compañeras se darán retroalimentación a sus trabajos. Estoy segura de que lograrán algo especial.

El lugar escogido para el taller tiene paredes revestidas en madera y una gruesa alfombra de

lana. Una ventana mira a la cordillera y de la pared de enfrente cuelga un lindo tejido a telar en tonos cálidos. El lugar invita a quedarse y a crear.

Para esta primera sesión cuento con una invitada especial: una joven extranjera que relatará su experiencia de superar un cáncer en un país ajeno. No fue fácil conseguir su contacto, tuve que rogarle que me lo diera a una enfermera de la unidad de radiología e imágenes. Tenía el nombre de la mujer -no su apellido- y la fecha y hora de uno de sus procedimientos. Por suerte la enfermera se apiadó y entendió el sentido de mi iniciativa.

También cuento con tres ayudantas menores de edad quienes voluntariamente quisieron ser anfitrionas del taller. Ellas recibirán a las participantes, las ubicarán en la sala y las atenderán durante el receso. Mis ayudantas también se ofrecieron a escuchar los relatos de las mujeres. Les dije que los textos podían ser muy fuertes para ellas pero no dieron su brazo a torcer; respondieron que tenían experiencia leyendo escritos de mujeres mayores y, lo más importante, no tenían miedo. Me hablaron tan convencidas que les creí: irradiaban coraje para enfrentar lo que sea.

TERCER LUGAR

“Historia de un encuentro”

El cuerpo humano, esta vez, muerto, usado por otros humanos para estudiarlo. Con la fuerte reminiscencia de la vida.

ASTRID VALENZUELA

Docente carrera de Medicina
Facultad de Medicina

Llegué corriendo a la U. La maquinita de la entrada chilló y titiló cuando acerqué mi código QR. Había un viento frío. Seguí corriendo.

Entré a la sala.

-Pase rapidito, por favor, es tarde- dijo uno de los ayudantes. Estaba nerviosa. Sentí la locomotora en mi pecho, empujando el aire con fuerza; un bombo, grave y enérgico se instalaba insistente en mis sienes. Me senté en la última silla de la sala. Más descansada, observé a mis compañeros, todos de blanco; con ese gorro absurdo en sus cabezas. Sentí el picor en mi frente y acomodé el mío, mientras escuchaba hablar al profesor. Miré de nuevo: por la ventana entraba la tarde y un haz de luz me llevó hacia ella.

La vi por primera vez, en el centro de la sala, sin moverse.

Me acerqué y miré sus ojos semiabiertos, opacos; no podría decir que eran tristes; más bien inexpresivos. Sus piernas tensas, sus palmas extendidas suplicantes. Y ahí estaba ella, de espaldas, imperturbable.

Empujé la saliva casi sin darme cuenta: un agua turbulenta bajó por mi garganta. Cuando nadie me vio, me paré y me acerqué temerosa. Puse mi mano sobre la suya. Le susurré que este instante era casual, quizás una ficción del tiempo. Que, en otro momento, la podría ver conversando, con sus inmensos ojos penetrantes; sus manos moldeando las palabras en el aire. Su piel suave, tibia. Su aroma femenino, la vida fluyendo por sus pechos generosos.

De repente, aún más fuerte, irrumpió el silbido de la locomotora. Mucho vapor en el ambiente; el terrible olor a formalina. Solté su mano, me arreglé el gorro. Por última vez, antes de irme, miré el cuerpo acostado sobre la mesa. El guardia apagó la luz. Me saqué el delantal y me fui caminando por los pasillos pensando en la próxima lección de anatomía.

MENCIÓN HONROSA

“Sangre y lágrimas de un tiempo pretérito”

El relato gira en torno al brazo faltante de Ned. Ned es un hombre que quiere, y al mismo tiempo, no quiere recordar su pasado. La amputación de su brazo lo vincula fuertemente con la escena y la emoción que sintió el día que tuvo que cortárselo. Por más culpa que sienta por ese momento, la conexión que tiene con este perdurará hasta el fin de sus días.

ROBERTO CANALES

Estudiante
3er año Psicología
Facultad de Psicología

1

Habían arrasado con el último refugio al que llegaron, llevándose los recursos y, por supuesto, las vidas de las personas que vivían allí: dos adultos y un niño. Recordaban la sangre de cada uno esparcida por el piso recién encerado de madera, y a los cuerpos sin vida que aún mantenían la expresión de sorpresa. Luego, habían vaciado una despensa repleta de comida enlatada y guardado la poca munición que almacenaban los ahora exresidentes. Terminaron el día de fiesta quemando el albergue con los cadáveres dentro para que nadie más encontrara nada.

¿Y acaso caminaban con el gran peso de la culpa a sus espaldas? No, señores. Claro que no. Ya no había espacio para una emoción como el remordimiento en sus desgastados corazones. El mundo que conocían se había ido al infierno, y con él, todas las buenas intenciones que un ser humano podía contener. Habían transcurrido siete años desde el inicio del brote, así que el panorama era sencillo: o te ajustabas a las reglas del juego o terminabas infectado. El problema era que terminar infectado no equivalía a coger un resfriado y tomar tres aspirinas al día para no pasarla tan mal. El disavirus te arrebatava completamente la humanidad mientras entrabas a un estado permanente de furia desenfundada y sed de sangre.

Así que se ajustaron a las reglas del juego.

La vida que llevaban los había curtido. Si no hubiese sido por esa emboscada el día del gran asalto, la banda podía haber llegado muy lejos. De los doce solo habían sobrevivido tres, y ahora escapaban de la guardia de Dam. Pero sabían que volverían a levantarse. Ya lo habían hecho antes. Solo tenían que reunir a más tipos como ellos. Y en ese mundo, en esa tierra de castigo eterno, sobraban los tipos como ellos.

Lo que no sospechaban, era que en esa nueva tierra se libraba una gran batalla entre el bien y el mal. La luz y la sombra se debatían por el equilibrio, y de a

poco se comenzaba a pensar que todos los actos que se cometían se devolvían a sus ejecutores de alguna manera... y a veces de la menos esperada.

2

Desde el día del saqueo que ya no veían a nadie, y habían pasado tres semanas de eso. El bosque era espeso y las oscuras nubes que cubrían el cielo para estrujarse en un chaparrón hacían que pareciera más tarde de lo que era.

Lexa llevaba la delantera. Era la líder de la Banda de los Doce —ahora convertida en la Banda de los Tres— y había salido ilesa de la catástrofe junto a Duncan y Wylder. Ahora solo anhelaban un techo, comida, y ojalá algo de calor.

—¡Ya estoy HARTO de esta basura! —aulló Wylder de pronto. Era un hombre alto y grueso, con una calva incipiente y una torpeza psicomotriz importante.

Los otros dos se giraron con la expresión crispada. Lexa se preguntó por qué, entre todos sus compañeros, él había tenido que sobrevivir a la emboscada.

—¿Qué diablos te pasa? —le preguntó.

—¿Acaso hablo en otro idioma? Estoy HARTO. De caminar, del frío, del hambre... —alzó los brazos y el rostro al cielo —¡HARTO! ¿Lo entiendes? Como veía que los demás solo se limitaban a mirarlo, agregó:

—Hasta yo hubiese tomado mejores decisiones ese día. No estaríamos en este miserable bosque con este miserable clima. ¡Ni tampoco estaríamos jodiéndonos de hambre, maldición!

El pálido rostro de Duncan, que apenas se dejaba entrever por la tupida barba y cabellos pelirrojos, se torció todavía más. Con grandes zancadas se acercó a Wylder.

—Escúchame bien, albóndiga —en su semblante había evidente enfado—. Si no te hubieses metido en tu gorda boca las últimas tres latas de atún, tal vez hoy podríamos estar evitando al menos uno de tus patéticos berrinches. Así que, ¿por qué mejor no empiezas a cerrar el pico y a asumir las consecuencias de tus estúpidos errores?

Wylder lo empujó, y aunque probablemente pesaba unos treinta kilos más que él, apenas lo desplazó. Duncan cerró la mano para conformar un puño bien apretado, y cuando estaba generando el impulso para desencajarle la mandíbula al grandulón, bastó que la líder emitiera dos palabras en un tono seco y claro para que acabara el encuentro:

—Ya basta.

Los dos la miraron. Duncan retrocedió y lanzó un escupo al suelo, y por coincidencia —o acto divino—, las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer.

—Les juro por Dios... —comenzó Wylder.

—Aquí vamos de nuevo...

—... que la próxima persona que encontremos recibirá todo este hastío y este odio acumulados. Se los juro. Y con el estruendo de un trueno en la lejanía, la intensidad de la lluvia acrecentó al instante.

3

Avanzaron en silencio, con el incesante aguacero cayendo sobre el bosque, hasta que el inconfundible olor del humo los hizo detenerse.

Entre medio de troncos, ramas, hojas y lluvia, divisaron un claro con una pequeña cabaña de madera. A través de una ventana vieron la luz del fuego plasmado en las paredes interiores.

Los hombres miraron a Lexa, quien asintió con la cabeza. Aunque le aliviaba el milagroso refugio que se erigía ante sus ojos, el tono con el que había hablado Wylder no le gustaba para nada. Era cierto: No era su culpa que el asalto al Mercado de Dam hubiese fracasado... Pero las cosas que había visto de él en los últimos meses lo teñían de un color muy turbio e indescifrable, como si debajo de toda esa imbecilidad que lo constituía habitara una creciente y arrebatada

perversidad. Wylder no era el cliché de la ineptitud que se veía en las películas del Viejo Mundo, ni tampoco le alcanzaba para un psicópata convencional. Era como si la maldad que encerraba hubiese elegido un pésimo anfitrión para surgir: un hombre fuerte y capaz de cosas horribles, pero con una idiotez inigualable. Y eso podía costarles muy caro.

Se acercaron cautelosamente a la puerta de la cabaña, y cuando Wylder estaba empuñando la pistola que colgaba de la parte trasera de su pantalón, Lexa le agarró el brazo con sorprendente fuerza. El grandote la miró con los ojos abiertos.

—Tómalo con calma —le ordenó la mujer, y aflojó.

Wylder tragó saliva y asintió, y dejó la pistola en su lugar. Después de todo, Lexa seguía siendo la líder y había que respetarla por eso. Le gustara o no, gracias a ella seguía con vida y no con una soga al cuello en la plaza pública de Dam. Sí. Le debía eso y mucho más. Lamentaba perder los estribos de vez en cuando, pero de ahora en adelante la escucharía y mantendría la calma.

O al menos haría el intento.

Lexa se acercó a lo que parecía ser la entrada principal. Golpeó con sus nudillos suavemente y esperó. La lluvia seguía cayendo, pero nada cambió. Tampoco escuchó el ruido de pasos por dentro.

Levantó el puño y llamó otra vez. Nada.

Se giró derrotada para acercarse a sus compañeros, y cuando notó la seriedad de sus rostros mirando un punto fijo detrás de ella, dio media vuelta de nuevo. Al otro lado de la ventana, donde antes habían visto el reflejo del fuego, se hallaba un hombre medio canoso y barrigón. Los miraba detenidamente, con el ceño fruncido y unos ojos profundos y escrutadores. Su boca era una sólida línea recta y tenía una expresión descompuesta, como si los últimos años le hubiesen llevado las peores tragedias.

Los contempló por unos segundos más y se alejó del cristal. Luego de que hubiera desaparecido, una serie de cerrojos y cadenas sonaron del otro lado de la puerta, y se abrió de par en par.

4

En el marco de la entrada apareció nuevamente la silueta del hombre. Llevaba unos tejanos desgastados y una camiseta blanca y remangada. Su mano derecha descansaba sobre la culata de un revólver enfundado y ceñido a la cintura, y su brazo izquierdo —o lo que quedaba de él— solamente llegaba hasta un poco más abajo del codo: todo lo que venía después había sido arrancado tiempo atrás.

Duncan miró a Lexa, que estaba muda y con los ojos como platos.

—Señor —articuló el pelirrojo en un tono lastimoso —, llevamos deambulando mucho tiempo por aquí y no hemos encontrado nada de comida. Justo hoy ha empezado una tormenta de mil demonios y apenas podemos avanzar. Por casualidad, ¿tendrá algo de sobra para nosotros? Tal vez un espacio para que podamos dormir y continuar por la mañana... Le prometo que ninguno de los tres está infect...

—Pasen —repuso el hombre, haciendo un gesto con lo que le quedaba de brazo. Su voz era grave y rasposa.

Duncan y Wylder miraron a Lexa. La decisión de entrar parecía un tanto obvia, pero algo le hacía desconfiar. Era demasiado sospechoso. Todo lo que había pasado desde que Duncan había escupido al piso era de una casualidad abrumadora. La lluvia, las inquietantes palabras de Wylder, y ahora la repentina aparición de este hombre. Llevaban veinte días caminando sin encontrar a nadie, y cuando recién se había formado una conversación en torno a ello, el misterioso manco había surgido de la nada.

¿Acaso Dios o lo que fuera que estuviese allá arriba les había enviado un verdugo por todas las atrocidades cometidas?

Tonterías. ¿Qué haría un hombre viejo, con una panza emergente y que además tenía una sola mano, contra tres asesinos expertos?

Lexa sonrió. Las gotas de lluvia resbalaban por su frente y el frío le calaba los huesos.

—Muchas gracias, señor...

—Ned. Sólo Ned.

Y cuando avanzaron para ingresar al refugio, un trueno más cercano rasgó con furia el ambiente.

5

La cabaña contaba con una chimenea y una cocina a leña que templaban un pequeño salón. Hacía un calor agradable, ideal para conciliar un sueño profundo y reparador. Ned ofreció asiento a los visitantes, quienes se acomodaron en un sofá cubierto por una manta de lana. Luego dejó una tetera llena de agua sobre la cocina a leña y dispuso cuatro tazas en la mesita que estaba al centro del salón. Seguidamente, tomó asiento en el sillón individual que estaba frente a los huéspedes.

—Pueden quedarse a pasar la noche, pero mañana por la mañana recogen todas sus cosas y se van bien lejos. Y no quiero que vayan divulgando que alguien vive por aquí—. La voz de Ned era calma, pero hablaba a cara descubierta.

Lexa se fijaba en sus gestos y en su manera de dialogar. Algo había en él que le llamaba mucho la atención. Era como si se tratara de un antiguo conocido, pero sabía al mismo tiempo que no podía ser así. Antes de que Wylder contestara algo inapropiado, la líder tomó la palabra:

—Es probable que nos vayamos hoy día mismo si es que la tormenta cede un poc...

—Eso no va a pasar —refutó Ned. Observaba el fuego de la chimenea como si algún recuerdo se le hubiese perdido allí.

Los otros tres se miraron. Afuera el agua caía de manera torrencial, y de vez en cuando los relámpagos iluminaban los alrededores. El temporal no se iría prontamente, y era probable que ellos tampoco. No sin antes acabar con ese viejo atrevido que tenían al frente, pensaban Duncan y Wylder.

Pero en la cabeza de Lexa circulaba una multiplicidad de pensamientos. Ned era muy distinto a cualquier otro individuo con el que hubiesen conversado antes de asesinarlo. El problema era que no sabía determinar cómo ni por qué era así.

¿Percibían lo mismo sus compañeros? Lo dudaba. Ellos nunca eran tan detallistas para esas cosas. De

pronto, sintió una súbita fascinación. El brazo. ¿Qué cuernos le había ocurrido en el brazo?

Volvió en sí.

—Le agradecemos por su hospitalidad —agregó la mujer luego de un silencio—. Perdona, no nos hemos presentado. Mi nombre es Lexa, y ellos son Duncan y Wylder.

Ned los miró de reojo y devolvió la mirada al fuego. Wylder se removió en su asiento y carraspeó. El sujeto había sido amable ofreciéndoles entrar, pero al parecer era un auténtico idiota. Incluso más que él.

Transcurrieron largos minutos donde solo escucharon el intenso golpeteo de la lluvia en el techo, y muy por debajo, el progresivo silbido de la tetera hirviendo. Lexa tenía la vista fija en el brazo del viejo. Luego miró su semblante perdido en lo profundo de las llamas. No había miedo en su mirada. Ya no tenía nada que perder. Eso era, ¿no?

—Perdonen —dijo Ned de repente. Su expresión fría cambió abruptamente y miró directo a los ojos de Lexa—. Estoy muy acostumbrado al silencio y a la soledad. Deben tener mucha hambre. Tengo algo de pan que horneé hoy en la mañana — se puso de pie y se dirigió a una alacena que daba la espalda a los visitantes.

Wylder se inclinó sobre sus rodillas y miró a su jefa.

—¿Ahora? —susurró.

—No —contestó ella en la misma nota. Antes de cerrar el último capítulo de su vida, quería saber lo del brazo. Necesitaba saber lo del brazo.

Ned depositó una canasta llena de rebanadas de pan en la mesita e hizo otro viaje para buscar la tetera. Dentro de ella había un infusor de té y sirvió la bebida caliente en las cuatro tazas. Cogió la suya, tomó asiento en el sillón y con su brazo faltante les hizo un gesto a los demás para que se sirvieran con confianza. Los visitantes morían de hambre y sed, pero se le quedaron mirando con atención.

—Oh —dijo Ned y luego rio—. No se preocupen, no tiene veneno —y sorbió el té recién preparado.

Los demás lo imitaron.

—El pan tampoco —añadió entre risas. Apoyó su taza en el suelo y atacó una tajada. Wylder fue el primero en seguirlo.

—Así que, ¿mucho tiempo vagando por esta región? —inquirió el anfitrión—. No me había topado con viajeros extraviados en años.

—La verdad es que sí —contestó Duncan—. Hemos viajado desde Dam. Ya sabe, buscando nuevas oportunidades...

Mientras tanto, Wylder comía pan a destajos, y Lexa seguía hipnotizada por el brazo.

Ned abrió los ojos.

—¿Desde Dam? Eso es bastante lejos. ¿Y por qué dejaron la ciudad? Es raro que alguien se arriesgue tanto. Nadie quiere pasar mucho tiempo en la intemperie.

Duncan miró a sus compañeros, pero ninguno le devolvió el gesto.

—Bueno, es una larga historia, pero sin ser grosero, lo mismo podría preguntarle a usted.

Silencio. El viejo lo miró seriamente, y de pronto soltó una breve carcajada.

—Tienes razón. Yo llevo mucho tiempo viviendo aquí. Incluso antes de que el mundo cayera en el abismo. Luego enmudeció y depositó sus ojos en la lumbre, buscando antiguas memorias de esos años... con una sonrisa y algo nostalgia.

6

La lluvia continuaba cayendo, pero ya no se oían truenos en las proximidades.

Hacía un buen rato que nadie hablaba, y la tensión en Wylder incrementaba poco a poco. ¿Por qué nadie hacía nada? ¿Qué estaban esperando? No recordaba haberle tomado tanto tiempo destrozarse la vida de una persona, y tenía muy presente su juramento: por cada minuto que pasaba, las ansias por querer ejecutarlo aumentaban peligrosamente.

Ned lanzó un largo suspiro.

—En fin —dijo—, creo que es hora de dormir. Pueden dejar sus mochilas donde quieran. El colchón del sofá se puede estirar en el suelo. Al menos dos de ustedes podrían dormir...

—El brazo —intervino Lexa. Miraba fascinada la amputación del hombre—. ¿Qué ocurrió con el brazo?

Todos la miraron.

El rostro de Ned se descompuso de nuevo. Dio un último trago a su té, ya frío, y depositó la taza en la mesa. Su entrecejo estaba arrugado y miraba sepulcralmente a la única mujer del lugar.

Con la misma mirada, giró el cuello lentamente al fuego y se quedó ahí en silencio.

Duncan miraba extrañado a Lexa, y notó que Wylder ponía una mano sobre el cuchillo que tenía ajustado al costado del pantalón.

—Tu brazo, Ned. Quiero saber qué le pasó a tu maldito brazo —subrayó Lexa. Estaba completamente magnetizada por la intriga.

Pero el viejo Ned mantenía la sombría mirada en la hondura del fuego. Parecía que todo el terreno ganado para saber la verdad se había perdido otra vez.

Afuera dejó de llover y todos lo pasaron por alto. Todos menos el manco.

Súbitamente, Wylder se puso de pie y empuñó su cuchillo, apuntándolo al viejo que todavía se mantenía en el sillón. Este ni siquiera le dirigió la mirada.

—¿ACASO NO ESCUCHASTE, PEQUEÑA ESCORIA? —el rugido del grandote contrastó bruscamente con el silencio del salón—. No tengo idea ni quiero saber por qué, pero mi jefa acaba de hacerte una pregunta. Responde ahora y tal vez te deje vivir.

Pero Ned tampoco contestó. Se levantó con toda la calma del mundo y salió de la cabaña sin ni siquiera preocuparse por el frío de afuera. Los demás, atónitos con la inesperada reacción, lo siguieron.

«Wylder, pedazo de idiota», pensó Lexa. «Ahora nunca podré desenredar este maldito enigma».

Y no lo sabía, pero eso cambiaría en los próximos minutos.

En el exterior, Ned se encontraba de espaldas a la cabaña. Los demás notaron que ya no llovía, y que la luz de la Luna, llena y poderosa, se asomaba entre las nubes.

—Última oportunidad, mi queridísima escoria —continuó Wylder. De su boca surgía un vapor denso—. Puede que este sea tu último discurso.

Y nuevamente, tampoco hubo respuesta. Ned dio media vuelta y volvió a mirarlos a la cara.

—Bien —declaró Lexa—, así es como acaba todo.

Los tres bandidos empuñaron sus pistolas, y entonces, cuando recién comenzaban a apuntarle al viejo, vieron volar su mano derecha.

«Dios mío», pensó Lexa, «no puede ser tan rápido. Nunca había visto algo así».

Con su revólver, Ned disparó tres tiros desde la cadera. El primero fue a parar en la nariz de Wylder, pulverizándole la mitad del rostro y dejándole una abertura del tamaño de una pelota de golf. El segundo le rasgó la carótida a Duncan, derribándolo al instante. Y el tercero fue atajado por los intestinos de Lexa.

La mujer cayó de inmediato, cubriéndose la herida con ambas manos. El dolor era insoportable, pero sabía que todo cesaría muy pronto. Miró al costado y vio a sus compañeros sin vida y casi irreconocibles. No le sorprendía. Después de todo lo que había pasado, no le sorprendía para nada.

Volvió la vista al cielo nocturno y vio a la luna asomarse con un resplandor maravilloso. A lo lejos escuchó unas pisadas acercándose.

Las pisadas de su verdugo.

En el campo visual de la mujer, Ned se asomó con el revólver en la mano.

—¿Qué te tomó tanto tiempo? —Lexa hablaba con dificultad. Todo su interior se quemaba con ferocidad. Ned la miró fríamente.

—El virus.

Lexa arrugó el entrecejo.

—¿Eh?... No me digas que estabas infectado...

—Lo estuve —replicó el manco—. Mucho tiempo atrás. Por eso me corté yo mismo el brazo.

La mujer comprendió y esbozó una débil sonrisa.

—Gracias por la respuesta.

Ned apuntó el revólver al rostro moribundo de Lexa y luego amartilló.

—De nada.

Accionó el gatillo y un estridente estallido sentenció el encuentro.

7

Estaba acorralado contra la pared.

Su esposa —o lo que quedaba de ella— le lanzaba violentos mordiscos para perforarle las mejillas, pero Ned había puesto su brazo izquierdo justo en el cuello de la infectada. Esto lo separaba suficientemente de las fauces inagotables de la mujer que tenía por delante.

—¡CHRISTA! —gritó Ned horrorizado—. ¡Soy yo! ¡Ned!

Pero Christa solo respondía con terribles bramidos guturales. Sus ojos estaban enteramente enrojecidos y su rostro pálido como la leche. Tenía una fuerza impresionante, y Ned, que todavía alcanzaba a aguantarla, sabía que no podría hacerlo por mucho tiempo más.

Estiró su otra mano buscando algo para defenderse y lamentó mucho no contar con su revólver en ese momento. El arma estaba en el cajón de su velador, y eso quedaba en la otra habitación. Llegar hasta allá sería una odisea, pero estaba dispuesto a intentarlo. De pronto, palpó un florero de cerámica que estaba justo a su alcance y lo agarró con firmeza.

—¡Lo siento, querida!

lba a estrellárselo en la cara, pero desistió y lo dejó caer. No podía hacerle eso a su mujer. Con su mano derecha, la cogió por el cuello y la lanzó lejos. Christa

cayó sobre la mesa del comedor, que se partió en el acto. Con esto, Ned ganó tiempo y corrió a la otra habitación. La mujer lo persiguió por detrás, soltando espeluznantes alaridos llenos de dolor.

El hombre abrió el cajón de su velador y encontró el arma. Se giró, pero ya era muy tarde. Christa se abalanzó sobre él y ambos cayeron al suelo. El revólver se le escapó de las manos y Ned puso nuevamente su brazo izquierdo en el cuello de la mujer que intentaba desgarrarle la garganta.

Forcejeando desde el suelo, miró a la derecha y encontró de inmediato el revólver. Lo empuñó con su mano libre, pero en ese intertanto se descuidó y Christa le clavó brutalmente los dientes en la mitad del antebrazo izquierdo.

Sintió un agudo escozor, pero muy amortiguado por la adrenalina. Sabía lo que eso significaba. Tarde o temprano terminaría como ella... Si es que antes no lo despedazaba, claramente.

Sus alternativas eran pocas y el tiempo se agotaba: Terminar ahora mismo con todo el sufrimiento o dispararle a su propia esposa en la cabeza.

Mientras Christa seguía intentando morder a Ned, el hombre se apuntó a la sien con la mano temblorosa. Con los ojos llorosos y el rostro compungido, miró a lo que quedaba de su mujer. Amartilló, y cuando iba a presionar el gatillo, apuntó rápidamente a la frente de su mujer, que ni siquiera se inmutó.

Y entonces disparó.

Silencio. El corazón estaba a punto de estallarle. Ned, con la cara empapada en lágrimas, tomó la de su esposa con ambas manos y la observó.

—No, no, no, no —gimoteó—. Por qué, por qué, por qué. Qué hice, Dios. ¡Qué diablos hice, maldición! Acercó el rostro de su amada a su pecho y rompió a llorar desconsoladamente.

De repente sintió unas bruscas palpitations en el antebrazo. Lo miró. La infección se estaba expandiendo, y se acordó de una antigua historia que su padre le había contado sobre los soldados del frente que volvían con los pies gangrenados.

Salió de la casa y fue directo a buscar el hacha que estaba junto al tocón. Apoyó en el tocón su brazo izquierdo que ahora le ardía como un brasero en llamas. Con la mano sana cogió el hacha y la blandió en el aire justo por encima de su cabeza. Inmediatamente, dirigió una mirada a la herida. Alrededor de las marcas sangrientas de la mordedura, la infección se propagaba por su brazo con escandalosa rapidez: Una inflamación roja le subía por la piel hacia su codo, y las venas, tan hinchadas que parecían a punto de explotarle, se tornaban de un color violeta oscuro.

Le dolía. Sí, maldita sea, le dolía demasiado.

Lo invadió una repentina ola de pánico que lo hizo dudar. Pero solo por un instante.

Con toda la fuerza que pudo, lanzó el hachazo más impensado de su vida: a su propio brazo, justo por encima de la mordedura.

¡CRACK!

La leña de la hoguera comenzaba a resquebrajarse. Ya era momento de lanzar los restos de los bandidos al fuego que había preparado. Desplazar el cuerpo del grandote que llamaban Wylder sería toda tarea, pero no tenía ningún apuro.

Cuando se disponía a hacerlo, miró a la inmensa oscuridad del firmamento salpicada de estrellas tintineantes. En medio de ese mundo de monstruos y de otros monstruos que se hacen llamar hombres, sería otra noche vacía y solitaria.

Sin brazo. Sin mujer.

Y sin recuerdos de nada ni de nadie.

